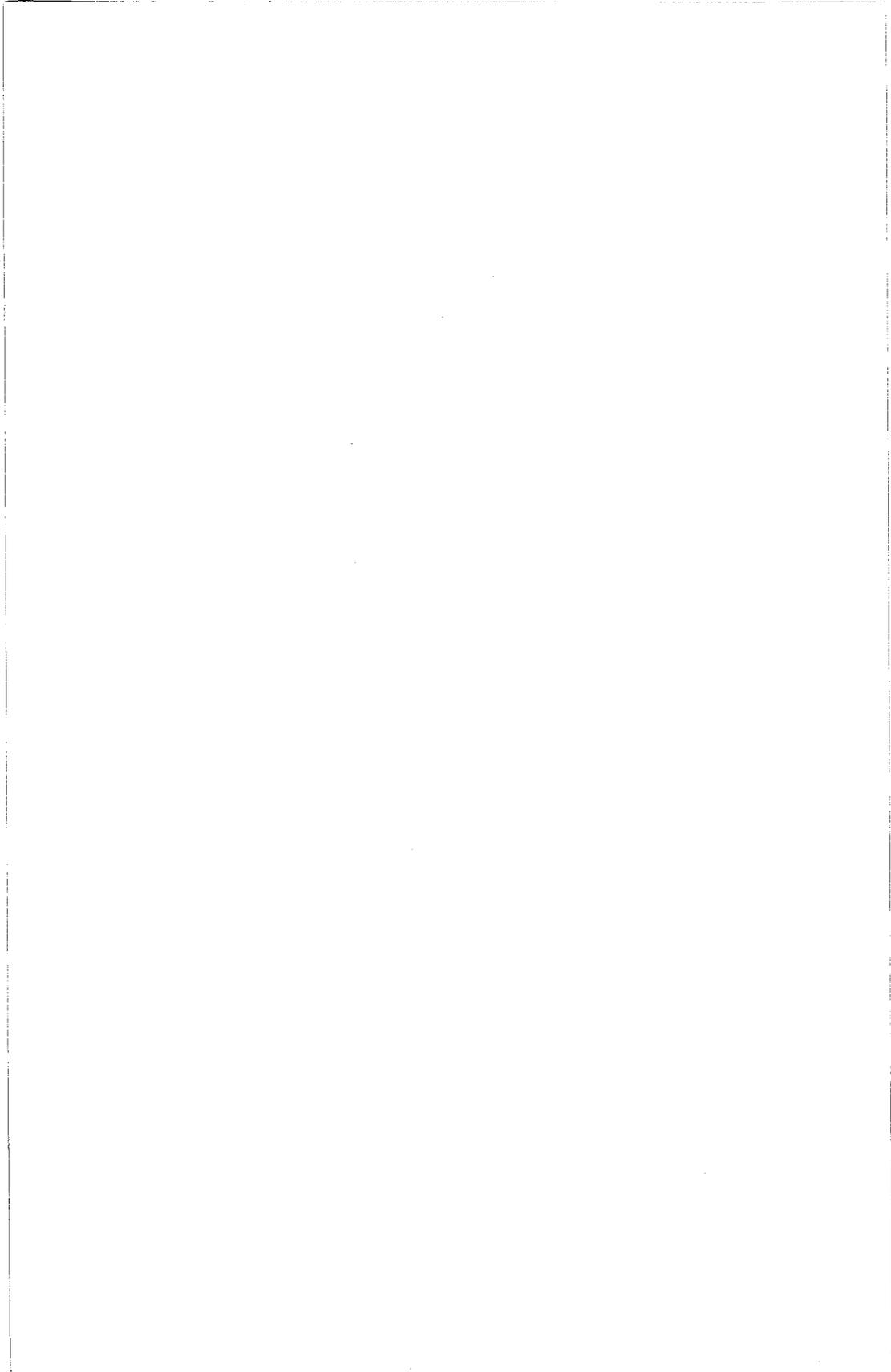


**OBRAS PREMIADAS
2000**



Obras premiadas
Sexto Concurso de Arte y Literatura Bancentral
2000

Colección del Banco Central de la República Dominicana
Departamento Cultural

Colección del Banco Central de la República Dominicana

VOL. 34

Serie : Obras premiadas No. 6

Banco Central de la República Dominicana.

Departamento Cultural

Sexto Concurso de Arte y Literatura

Bancentral 2000 : Obras premiadas / Banco

Central de la República Dominicana. - Santo

Domingo : El Banco, 2000.

73p. : il. - (Colección del Banco Central
de la República Dominicana; v. 34. Obras premiadas; no. 6)

ISBN 99934-30-20-X

1. Literatura dominicana 2. Artes plásticas

I. Título. II. Serie

PQ 7405.B35 2000

CDD RD860.08

© 2001

Ediciones del Banco Central de la República Dominicana

Edición al cuidado de José Alcántara Almánzar y Lourdes Lara.

Diseño y arte de la portada: Orlando Abreu/Equis, S.A.

Ilustración de la portada: «Banco Central y la globalización»,
de Pedro Antonio Fernández Pérez.

Ilustración de la contraportada: «Sobrevivencia»,
de Geraldo Amable Pimentel Ramírez.

Diagramación e impresión:

Subdirección de Impresos y Publicaciones del

Banco Central de la República Dominicana.

Calle Pedro Henríquez Ureña esq. Leopoldo Navarro

Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

ISBN 99934-30-20-X

CONTENIDO

Presentación	11
PREMIOS DEL AÑO 2000	15
Primer Premio Categoría Pintura "Sobrevivencia" Geraldo Amable Pimentel Ramírez	17
Primer Premio Categoría Cuento "Venganza" Henry Almonte Diloné	19
Primer Premio Categoría Fotografía "Banco Central y la globalización" Pedro Antonio Fernández Pérez	23
Primer Premio Categoría Fotografía "Fe y esperanza" Rafael V. Ravelo Peña	24

Segundo Premio
Categoría Cuento
"Amores de fin de año" 25
Luis R. Santos Lora

Segundo Premio
Categoría Pintura 33
"Sueño de juventud"
Sarah Perelló Cruz

Segundo Premio
Categoría Pintura 34
"Cambita 1"
Marcela Pérez de Martí

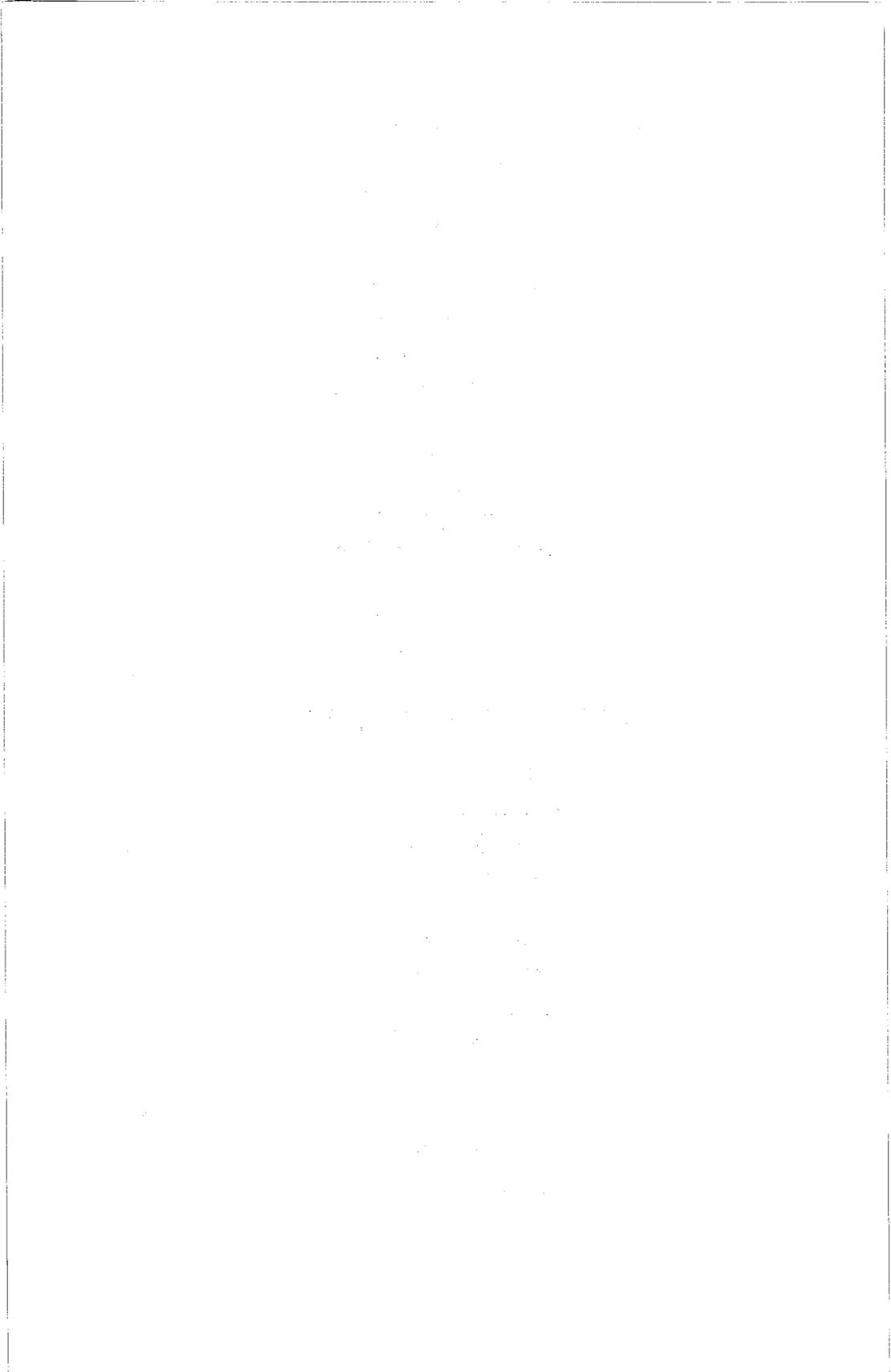
Tercer Premio
Categoría Cuento 35
"Desvelo"
Elsa Ramírez

Segundo Premio
Categoría Fotografía 43
"Reflejos"
Rafael V. Ravelo Peña

Tercer Premio
Categoría Fotografía
"Vestigios de un sueño sobre la playa de Juanillo" 44
Domingo de la Cruz

Tercer Premio
Categoría Cuento 45
"El extraño hombre oscuro"
Luis José Bourget G.

Tercer Premio Categoría Pintura “Pórtico a la paz” Dinorah Báez de Pérez	53
Mención de Honor Categoría Pintura “Puente de Azua” María Mercedes Cubilete Rodríguez	54
Mención de Honor Categoría Pintura “Frutas y vinos” Yolanda Esteban de López	55
Mención de Honor Categoría Fotografía “¿Naturaleza?” Cynthia Alexandra Valenzuela Acosta	56
Mención de Honor Categoría Fotografía “Debajo del marco” José Polanco Santana	57
Mención de Honor Categoría Fotografía “Crepúsculo antillano” Juan E. Estévez Hurtado	58
VEREDICTO	59
APÉNDICE	65
Notas biográficas de los autores	



PRESENTACIÓN

Cien años después de su muerte, ocurrida en París, en medio de la soledad, el olvido, la enfermedad y el rechazo de la sociedad londinense que lo había mimado y ensalzado durante años, Oscar Wilde está nuevamente de moda, gracias a lo que en su tiempo fue motivo de vituperio e incluso de encarcelamiento, y nunca como ahora cobra sentido este ingenioso aforismo suyo: "...Porque la belleza -escribió- es lo único que el tiempo no puede destruir."¹ He querido iniciar estas breves palabras con esa impactante aseveración, porque estoy convencido de que, aplicadas al arte, sus palabras poseen un enorme peso sobre la conciencia de quienes se dedican a crear belleza con las imágenes, los colores y formas, o las palabras. El arte, cuando es auténtico y excelso, rebasa las pruebas del tiempo y los embates de la cotidianidad; pero no sólo eso, el arte es lo que nos ayuda a sobrevivir en medio de tanto desconcierto.

Aplicada a las letras, como dice la connotada escritora italiana Susanna Tamaro, la belleza "que se ha de perseguir (...) es toda interior: es la belleza de la búsqueda, la belleza de la verdad, la belleza de la alegría, la intensidad del dolor. Escribir es un camino para conocerse, para conocer y para ofrecerse a través del conocimiento. No se escribe, no se debería escribir para buscar la aprobación y los elogios de los demás, sino para dar a ver algo que los demás no ven."²

El Concurso de Arte y Literatura que cada año celebra el Banco Central de la República Dominicana con la exclusiva participación

¹ Oscar Wilde, *Paradoja y genio. Aforismos*. Barcelona, Círculo de Lectores, S.A., 1998, p.37.

² Susanna Tamaro, *Querida Mathilda. No veo el momento en que el hombre eche a andar*. Barcelona, Editorial Seix Barral, S.A., 1998, 2da. Ed., p.72.

de su personal constituye, como venimos repitiéndolo en cada oportunidad, un espacio para la imaginación y la creatividad, un instrumento para rebasar las fronteras del trabajo diario y sumergirnos en otras dimensiones, siempre en busca de esa belleza y perfección que se muestran tan elusivas y difíciles de alcanzar. Es por eso que el Departamento Cultural desea hacer un especial reconocimiento a las autoridades de la institución, encabezadas por su Gobernador, el Lic. Francisco Guerrero Prats, por el respaldo a este certamen, al tiempo que agradece a los distinguidos miembros del Jurado, la artista Aída Bonnelly de Díaz, la crítica de arte Marianne de Tolentino, el pintor Alberto Bass, y los escritores José del Castillo y Miguel Reyes Sánchez, por su importante y desinteresada labor para escoger los mejores trabajos presentados.

Se trata de un concurso para aficionados, como todo el mundo sabe, pero con la mira siempre puesta en alcanzar niveles de calidad y una factura digna, de manera que puedan recogerse en un libro para su divulgación. Cada año llegan a nuestras manos trabajos que muestran cierta conciencia del oficio, aunque es conveniente decir que todavía puede hacerse mucho para mejorar. Los participantes del Concurso de Arte y Literatura del Banco Central no deberían perder de vista que pintar o escribir no es un simple entretenimiento personal, sino una forma de mostrar la cara oculta de los seres y las cosas.

Cuando un texto es divulgado, entonces el escritor contrae un compromiso mayor con su sociedad. No es otra la razón que lleva a Pere Gimferrer a decir, en el prólogo a un libro de Antonio Gala, que "... un escritor es un personaje público, ante todo, en la medida en que acierte a encarnar en la propia obra una respuesta a las interrogaciones que cada individuo, en un momento social dado, se formula acerca de sí mismo y del sentido de su existencia cotidiana."³

³ Antonio Gala, *Poemas de amor*. Prólogo de Pere Gimferrer. Barcelona, Editorial Planeta, S.A., 1997, 7ma. Ed., p.6/7.

A los miembros del jurado de este concurso les gustaría ver, en años venideros, una mayor entrega de los concursantes a su trabajo creativo, una variedad y una profundidad que revelen la búsqueda y los nuevos logros. En pintura, por ejemplo, convendría de vez en cuando salir del simple realismo paisajístico, los bodegones, las naturalezas muertas y otros tantos temas que indican la sujeción a modelos clásicos, o la reproducción de estampas conocidas, a falta de ideas propias. En lo que al cuento y el ensayo se refiere, es preciso también que los autores se exijan más a sí mismos, buscando esa síntesis que en el cuento es indispensable, pues como afirma Sabato, el cuento “exige un mayor poder de concentración y una total perfección”,⁴ y esa precisión y agudeza que hacen del ensayo algo más que un artículo periodístico o un informe con estadísticas.

Este año, como podrán ustedes observar, la gran revelación del concurso ha sido la fotografía, con trabajos excelentes que llevaron al Jurado a escoger más de los tres premios reglamentarios, usando los recursos de la categoría “Ensayo”, declarada desierta en sus tres niveles, por considerar que los textos sometidos al certamen no cumplían con los requisitos mínimos para ser galardonados. Todo se ha hecho en beneficio de mantener la vigencia del concurso.

Como de costumbre, en pintura también ha habido una nutrida participación y muy buenos trabajos. Los que han obtenido presea pasan a formar parte de la ya extensa colección de obras premiadas de los concursos del Banco Central.

Finalmente, permítanme congratular a los triunfadores, en nombre del señor Gobernador y demás autoridades presentes, así como del Departamento Cultural que organiza este Concurso

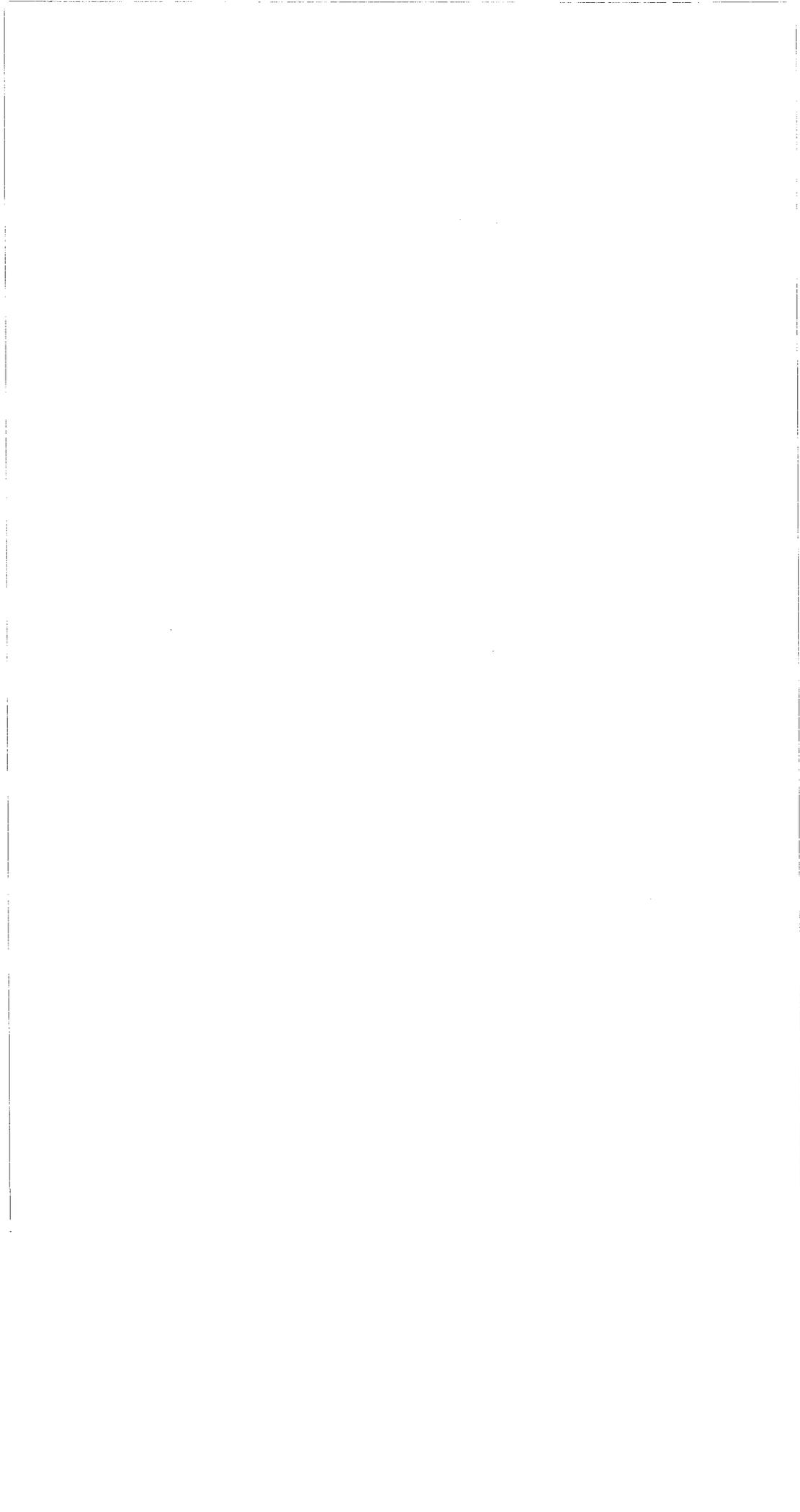
⁴ *Diálogos Borges Sabato*. Compaginados por Orlando Barone. Buenos Aires, Emecé Editores, S.A., 1997, p.50.

Anual de Arte y Literatura, exhortándoles a que continúen participando con el mismo entusiasmo que han demostrado hasta ahora. ¡Felicitaciones a todos!

José Alcántara Almánzar

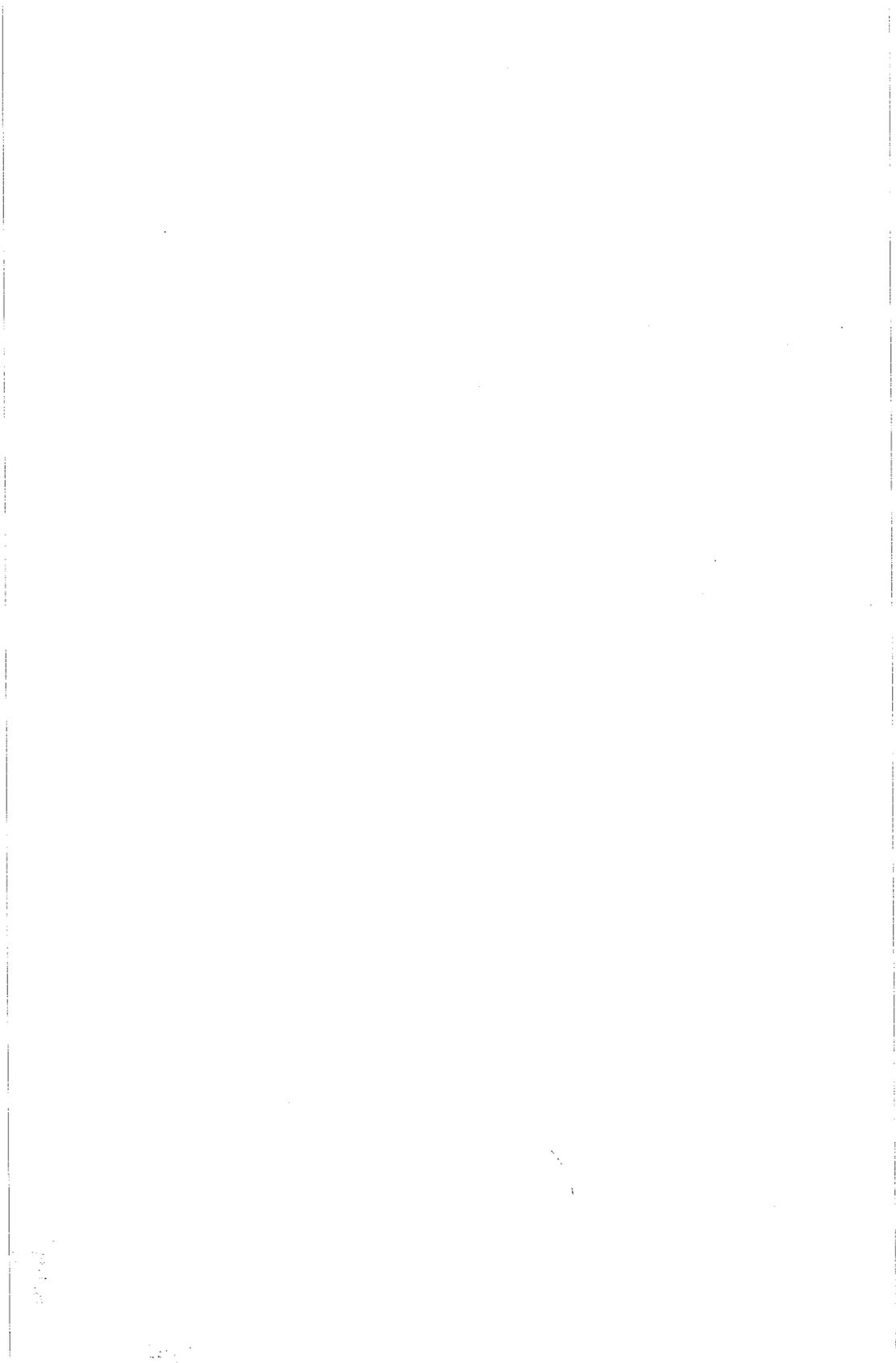
Palabras pronunciadas en el acto de premiación del Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2000, el lunes 11 de diciembre de 2000, en la Sala de Exposiciones Temporales del Museo Numismático y Filatélico del Banco Central.

PREMIOS AÑO 2000





Primer Premio Pintura
Sobrevivencia
Geraldo Amable Pimentel Ramírez



10/10/10

10/10/10

Primer Premio Cuento
Venganza
Henry Almonte Diloné

Todo ocurrió en una fracción de segundo. Estaban allí, frente a frente y ante una concurrencia que asistía sin saberlo, a un duelo de honor entre dos hombres, que aunque se veían cara a cara, diariamente, ni siquiera se conocían. Uno, reconocida figura pública, analista político de altos quilates, vendedor de ilusiones y encantador de serpientes, entre otras habilidades. El otro, héroe anónimo de innumerables batallas cotidianas, desde la trinchera de su modesto escritorio en una institución estatal descentralizada.

-Todo tiene su tiempo –musitó el burócrata en sus adentros, mientras cargaba las baterías de aquella arma no convencional con la que se disponía a ejecutar su venganza.

Sí; ejecutar era el verbo correcto, aunque aquello más que una ejecución era un ajusticiamiento. Por eso no le temblaría el pulso, ni le importaría la opinión de los demás; sería un fusilamiento público en todo el sentido de la palabra y más que una retaliación, sería un ajuste de cuentas, el cobro compulsivo de una vieja deuda cuyos intereses crecían, con las mentiras que aquel individuo difundía diariamente.

-La justicia a veces tarda... pero siempre llega –dijo para sí mismo, en susurros que apenas eran perceptibles, mientras horizontalizaba el arma con la que se proponía llevar a cabo lo que él entendía como un acto de justicia extrema.

Estaba decidido, ejecutaría su acción sin necesidad de esperar los improbables resultados de un juicio público, oral y

contradictorio, que a fin de cuentas serviría de escenario para que este tipo, curtido en las artimañas del bien hablar, pudiera lucirse una vez más y escapar al brazo de la ley y al peso de la justicia.

Por eso cuando ese espécimen humanoide comenzó a hablarle, dirigiéndose a él en singular, exclusivamente a él, sintió la imperiosa necesidad de acabar con aquello, de exterminar aquel peligro recurrente, de agotar todas las municiones y quemar todos los cartuchos contra este individuo que ahora, hábilmente, trataba de disuadirlo.

-Por favor escúchame...—dijo el tipo. Y probablemente fue lo último que dijo.

El burócrata se olvidó de todo y perdió la noción del tiempo, aunque intuía desde lo más profundo de su universo interior, que todo aquello había ocurrido en una fracción de segundo. Que tenía el tiempo justo para cumplir su cometido. Que el lance, a vida o muerte, era inevitable.

Sintió su dedo curvándose sobre el dispositivo con el que dispararía aquel rayo justiciero, aquel disparo cegador. Se tomaría la justicia en sus manos, sin que importaran las consecuencias, por eso apretó entre sus dedos aquel artefacto letal y reafirmó su determinación de acabar con aquello.

-Qué es lo que se cree este carajo —dijo en alta voz mientras separaba las piernas a fin de lograr un posicionamiento que mejorara su ángulo de tiro e hizo caso omiso a la invitación al diálogo que, como ramo de olivo, le tendía aquel farsante consuetudinario.

Oía sus palabras, pero no lo escuchaba, en aquella atmósfera etérea que los rodeaba, en aquel ambiente denso que los arropaba; parecía increíble después de tanto tiempo, el desenlace era inminente, la suerte estaba echada, el destino debía cumplirse...

Lamentó por un momento que su oponente nunca conociera sus pesares, ni sus opiniones, ni sus ideas, ni sus esperanzas, ni sus proyectos, ni sus sueños... y supo entonces que la venganza es un plato que se come frío.

Resuelto, avanzó hacia adelante, sin escuchar el clamor de su adversario, como todo un adalid de la justicia. Sin conmisericordias, sin piedad, sin vacilaciones. Su oponente, acorralado, como en un paredón transparente, no tendría siquiera derecho a la palabra; era un juicio sumario y una sentencia terminal, sin paños tibios ni medias tintas, le aplicaría sin rubor alguno los rigores de la pena capital.

Por un instante infinitesimal todo aquello le pareció tan extraño. Y es que apenas había transcurrido una fracción de segundo desde que tomó aquella decisión trascendental; pero no había lugar a dudas, conocía aquel tipo y sabía que no podía dejarlo hablar... y el tipo insistía, pidiéndole incluso que se quedara en su compañía.

En ningún momento pasó por su imaginación que ambos tenían idénticas posibilidades, aunque disponían de armas diferentes; nunca pensó que él podría resultar el fusilado.

-Para que la cruz vaya a mi casa, que vaya a la ajena - balbució levemente, sin pensar que podría ser él quien podía caer fulminado tan sólo con una descarga verbal de ese violador reincidente.

Sí, era eso, violador reincidente porque penetraba diariamente como ladrón en la noche, hasta lo más recóndito de sus pensamientos, asaltando todo lo que era su entorno, pudiera decirse que con asechanza, premeditación y alevosía.

Se trataba, a todas luces, de un escalamiento cotidiano de morada.

Quizás no podía probar nada, pero eso tampoco importaba mucho; y es que había un espacio de duda razonable respecto a la intención criminal de ese individuo, existían sospechas bien fundamentadas sobre sus fechorías dentro del amplio radio de acción de sus actividades.

Era un hombre peligroso, lo sabía a ciencia cierta. Un mago de la palabra hablada, capaz de convencer al más escéptico de

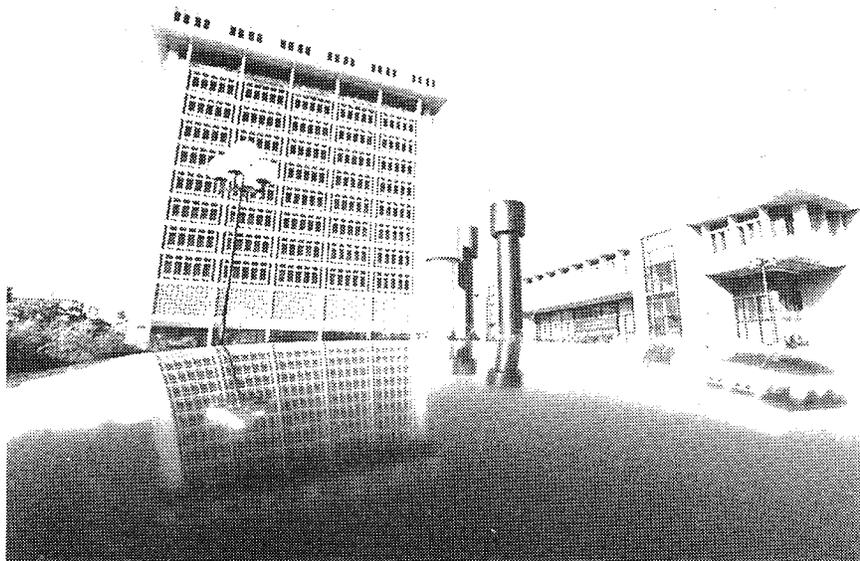
aquellos que, sin advertir la inminencia del peligro, se atrevían a escucharlo.

Por eso lo que había que hacer, había que hacerlo ya. No podía seguir exponiéndose al fuego graneado que disparaban las armas sutiles que, sin permiso oficial, portaba este sujeto.

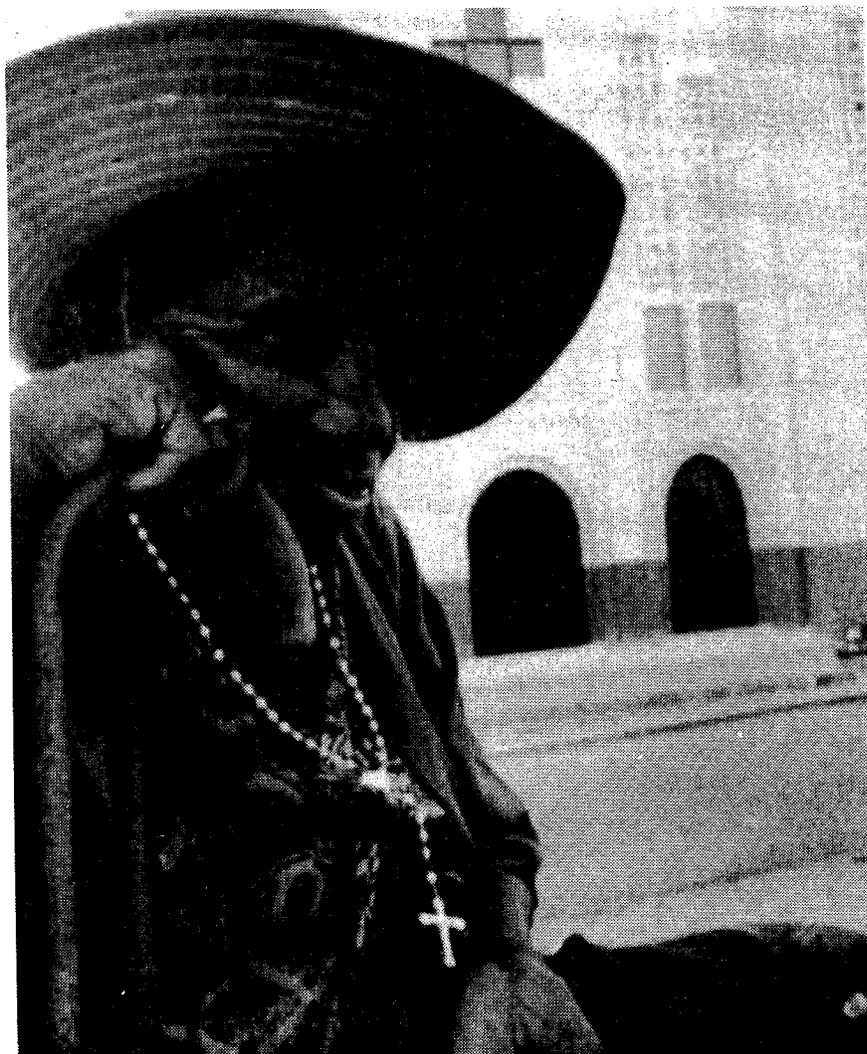
Avanzó, decidido a todo, armado de un valor espartano, sintiendo cómo se tensaban todos sus músculos, en un tiempo de acción tan real que por un microsegundo creyó advertir en el rostro de su oponente, un ligero rictus que denotaba desde ya, una cierta rigidez cadavérica.

Consciente de la situación en aquel momento estelar, sintió la irrevocable determinación de sacar aquel tipo de circulación y, sin escuchar sus súplicas, apresuró el desenlace de aquella venganza virtual.

Levantó el control remoto, apuntó directo a la pantalla del televisor e hizo fuego contra la imagen del comentarista que en ese momento le suplicaba que se mantuviera en su compañía, después de unos mensajes comerciales.



Primer Premio Fotografía
Banco Central y la globalización
Pedro Antonio Fernández Pérez



Primer Premio Fotografía
Fe y esperanza
Rafael V. Ravelo Peña

Segundo Premio Cuento
Amores de fin de año
Luis R. Santos Lora

Treinta y uno de diciembre, 11:00 P.M.

La tristeza te llegó sin invitación pero con saña. No obstante, Susana, supiste de dónde te surgía ese sentimiento opresivo, que te estrangulaba, que te extraía lágrimas a chorro. Soledad, dijiste y pensaste en tu hombre, en ese hombre que de seguro, a esa hora, estaba abrazado al cuerpo de otra, al cuerpo de esa joven que podría ser su hija, sabías que a esa hora él estaba junto a la mujer que había hecho que a tu marido se le olvidaran todas las promesas y cursilerías que durante tanto tiempo había recitado a tus oídos; sabías que esa mujer que, como médium, se había atravesado en sus vidas y había hecho polvo esa sustancia tan querida, tan disfrutada antaño, que tenía un nombre dulce, un nombre grato, no le daba tregua para que él se acordara de ti a pesar de la fecha.

Alberto, una vez más, había salido a un viaje de negocios; pero un treinta y uno de diciembre las únicas transacciones posibles se realizan en un cuarto de hotel de cinco estrellas, usando como escritorio, para la firma de los convenios, una confortable cama, y, ¡ah!, con una botellita de champán al lado para festejar los espléndidos resultados. Y tú, Susana, estabas consciente de todo aquello.

Mirarte desnuda al espejo tuvo un influjo positivo sobre ti: viste que, a pesar de haber pasado de los cuarenta, la desconsiderada celulitis y la impiadosa flacidez no habían

ultrajado esa carne tuya que tanto enloquecía a tu hombre, a tu único hombre, quien esa misma noche, perdería esa condición. Recordaste, con cierta alegría, los piropos incandescentes que te lanzan los hombres en las calles, principalmente cuando aprisionas tus glúteos en esos pantalones vaqueros que tan magníficamente redondean tu trasero.

Permanecías desnuda frente al espejo y éste te devolvía la imagen de un cuerpo envidiable, apetecible, y en un arranque de narcisismo empezaste a tocarte con frenesí. Entre tus manos tomaste tus senos y dijiste: esta noche, otros labios chuparán de tus mieles; te pasaste las manos por el pelo y dijiste: esta noche otro cuello será tocado por tu suavidad; hundiste tus manos en tu cálido sexo y exclamaste: esta noche otra lengua probará tus humores; te palpaste las nalgas y proclamaste: esta noche otro panadero manoseará esta harina; blandiste tu lengua y dijiste: esta noche, no importa de quien se trate, te haré trabajar como desde hace mucho no lo haces.

Treinta y uno de diciembre, 11:10 P.M.

Qué mal estás, Julio. Eres un pendejo. La ciudad se prepara para sumergirse, para lanzarse a la fiesta, para entregarse a la vida, para disfrutar y tú aquí tirado, llorando como un marica, lagrimeando como una viuda porque una mujer se te ha largado con otro. Abre los ojos, Julio, si una mujer te ha dado rilís, pues, ¡qué coño!, lánzate detrás de otra y verás que a los pocos días ni te acuerdas de la puta esa. Imagínate nomás la cantidad de chicas chulonas que debe haber en la calle un treinta y uno de diciembre, locas por encontrar quien les proponga bemberría, vamos Julio, déjate de vainas, ponte ese traje gris que tan bien te va, engánchate esa corbata bermellón y sal a la calle en búsqueda, que algo se te pega. Recuerda que a nadie

le gusta recibir el año nuevo en soledad porque eso trae mala suerte, eso azara la vida amorosa. Así que vete a un bar, a una discoteca y cuando veas a cualquier mujer que esté sola, puedes estar seguro de que anda en lo mismo que tú, en busca de un amor de fin de año, un amor que pudiera morir en unas horas, al día siguiente o quién sabe...

Treinta y uno de diciembre 11:25 P.M.

Hermosa estás, Susana. Esta noche dejarás de ser la chica buena, la esposa recatada y fiel, la señora de la casa que recibe con un tierno beso en la mejilla a tu amantísimo esposo, a pesar de que sabes que estuvo dando vueltas en sábanas ajenas, no obstante ese inconfundible olor a Tresson, perfume que nunca tú has usado. Has elegido ese traje color flamboyán florecido que tan ceñido te queda y que tan bien tus curvas delinea. Tu cabeza ha empezado a dar vueltas. Controla el vino tinto. Recuerda que vas de conquista, que vas a flirtear, que no puedes dar la impresión de que eres una puta de alcurnia que busca compañía por plata. Recuerda que eres una dama, que busca el amor por placer y venganza ¡Qué dos razones tan poderosas para buscar el amor: placer y venganza! Porque necesitas placer, hace mucho que el estúpido de tu marido no te pone un dedo encima; no importa que tú lo provoques, no importa que te inundes de perfume y desnuda te tiendas a su lado. No existes, Susana, te has vuelto invisible, te han expulsado del corazón de tu hombre, del hombre a quien te has consagrado, del que para quien virgen te conservaste, del corazón del único que ha mancillado tus santuarios.

Pero esta noche, pero esta noche... ya lo decidiste, te entregarás como lo hiciste entonces, gritarás como una gata en celo, mordisquearás las orejas de aquel hombre apuesto y desconocido, que, con cortesía pero con determinación, te

sacará a bailar en el Jet Set o en Las Palmas, lugares perfectos para el enganche, y más un día como el treinta y uno de diciembre.

Te sientes atontada. Para de beber. Ya casi son las 12 y las celebraciones están a punto de estallar. Ve, enciende tu auto y toma la calle. Recuerda que como tú, es posible que existan otras tantas, ansiosas y desesperadas por encontrar el amor, el amor del treinta y uno de diciembre, porque recibir la luz del primero de enero en soledad resulta fatal; deja ya de mirarte al espejo, sal, estás encantadoramente bella, serás la reina de la noche, los hombres enloquecerán al mirarte, márchate ya, Susana.

Treinta y uno de diciembre, 11:45 P.M.

Por fin te has decidido, Julio. Ves lo buenmozo que te pusiste. Eres un hombre alto, moreno, y, aparte, parejero. También eras un hombre fuerte, duro, hasta que conociste a esa mujer. Todos tus amigos te lo advertimos: eres un descalzo, no tienes la manera de complacer los tantos caprichos de esa niña bonita, perseguida por los hombres más talentosos en eso de conquistar, a fuerza de cariño metálico, a las mujeres como aquélla, que fue tuya, que ya no lo será más: hoy es la amante preferida del acaudalado banquero que la perseguía desde que era una pequeña princesa, tan hermosa, tan tierna, tan coqueta, tan pretendida y tú, Julio, a fuerza de verbo lograste enamorarla, asfixiarla, y todos te tenían envidia, diste un batazo de 1000 pies, atrapaste esa mariposa de alas doradas, que todos los capullos querían que ella se posase sobre sus pétalos, pero fuiste el afortunado, el príncipe que logró conquistar a esa Afroditá.

Vamos, Julio, no olvides el perfume, esa fragancia que envuelve, que adormece y acerca a las damas. Han empezado los cañonazos, la alegría se ha empezado a circular por el aire. Suena el teléfono y tu corazón se agita: tienes la absurda esperanza de

que sea ella, que te llama para decirte, perdóname, equivocada estaba, es a ti a quien amo, todo ha sido un error, una locura, perdóname, amor. Pero no es ella; es tu madre quien llama: me preocupas, hijo mío, ven a casa, ven a felicitar a tu madre. No la complacerás porque vas a llamar un taxi para caer por el Jet Set; aquello debe estar podrido de mujeres que buscan un amor para empezar el año nuevo. Y tú necesitas encontrarte con alguien que atenúe, que mitigue ese dolor que la ausencia de tu reina te causa.

¿Es que no escuchas la bocina del taxi?

Primero de enero, 12:45 A.M.

Has entrado a Las Palmas y te desilusionas; no entiendes, Susana, que es muy temprano todavía. Apenas ha nacido el nuevo año y la gente todavía se felicita, llama a sus seres queridos para desearles la felicidad total, la misma que muchos esperan durante todo el año y nunca les llega. Estás ligando bebidas; antes de salir consumiste botella y media de vino tinto y ahora le entras a un coñac.

Pasa el tiempo y no hay perspectivas. Está muy oscuro el lugar, y muy pocos candidatos vacantes observas, todo el mundo está acompañado, aquí no hay vida, Susana, vete a otra parte. En el Jet Set se arman tremendas parrandas los primero de enero. Arranca hacia allá, Susana.

Primero de enero, 1:30 A.M.

Está fría la cosa en el Jet Set. Parece que la gente no quiere divertirse o se quedará en casa. Está dura la cosa, dicen, y es más económico celebrar en familia. Has visto el panorama y te sientes frustrado: apenas una flaca morena te ha estado provocando desde que llegaste al lugar. Te has tomado dos whiskis y has empezado

a aburrirte. La morena insiste en engarzarte y hasta te ha sacado a bailar. Aceptas por no desairarla, pero, ¡cuidado! La morena quiere rumba, ha empezado pegarse demasiado, su cintura se ha puesto nerviosa, sus manos se mueven por tu cuello y ha intentado besarte. La detienes, le pides que se sienten. Privas en papi lindo, te ha dicho ella, enfogonada. Pero ella no entiende tus razones: cómo, después de pasarte varios años cenando langosta, vas a venir ahora a hartarte de Tilapia. Te marchas, en el Jet Set no hay una mujer que pueda llenar tus requerimientos. Tal vez en Las Palmas pesques un pez de calidad. Es la una y treinta de la mañana, te entran ganas de irte a casa; pero no, el corazón te dice que en aquel lugar encontrarás una hembra que te hará, aunque sea momentáneamente, olvidar a tu reina.

Primero de enero, 1:45 A.M.

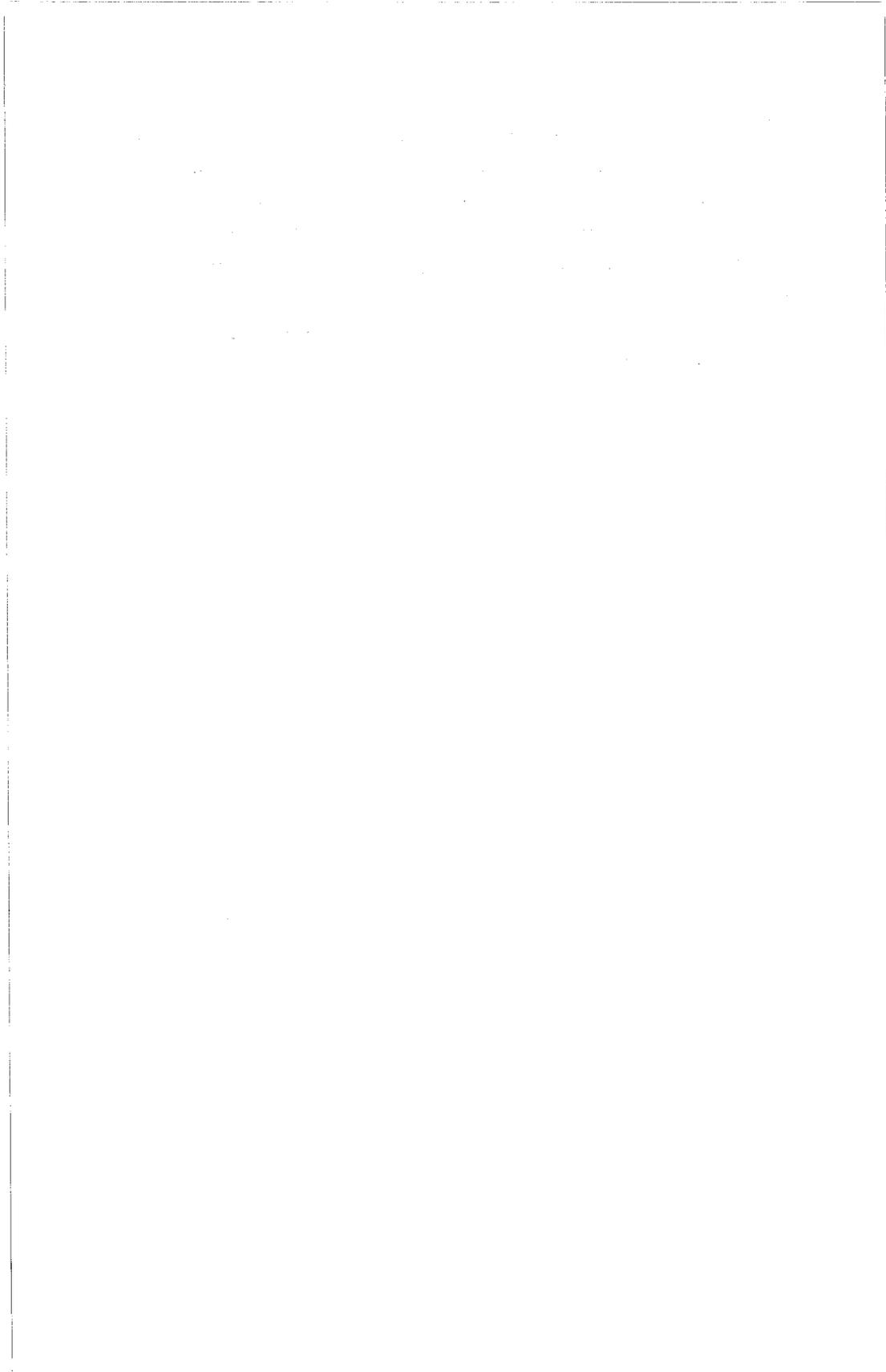
Has entrado al Jet Set y las luces multicolores te han enceguecido; el vino, el coñac y las ansias de que un hombre te diga lo hermosa que estás y que te proponga, sin muchos preámbulos, llevarte a un motel te tienen en ascuas.

Te acercas al bar y el panorama es desolador. Una muchacha morena y flaca te pone conversación: le haces dúo para no aburrirte. Está floja la vaina, te dice. Comprendes que es liviana tu compañera de barra; pero ella te propone visitar otro lugar y tú aceptas. Es una discoteca nueva que recientemente han inaugurado en la Avenida Independencia, más allá del Hotel Hispaniola, en donde está ubicada Las Palmas y de donde hace un rato saliste.

Tomas el volante y te sientes un tanto mareada, tu vista es invadida por musarañas, pero aún así dejas que tu auto se deslice velozmente por la Avenida Independencia. Has recuperado totalmente la visión, pero tu cabeza te sigue traicionando. La morena delgada que va a tu lado, con un vaso en la mano, de repente grita, te avisa: has atropellado a una mujer.

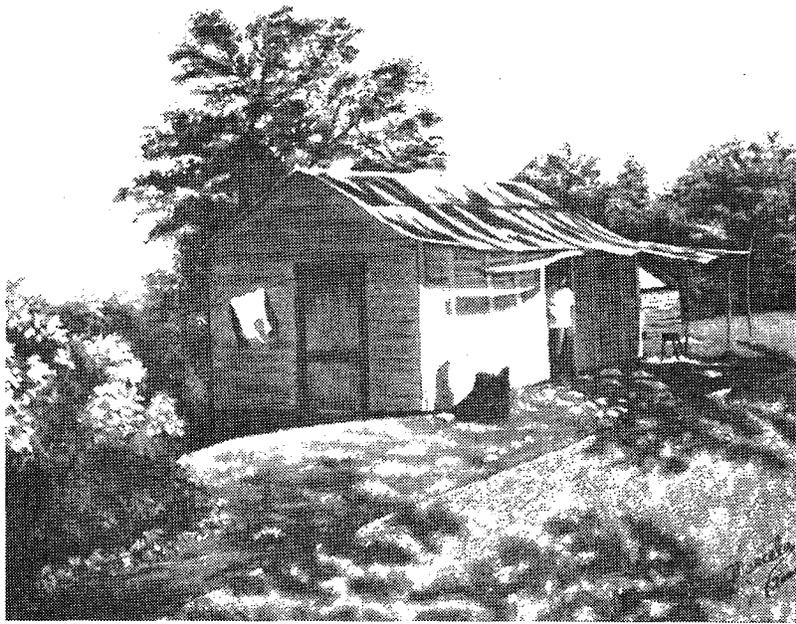
Están cerca de la entrada a Las Palmas. Detienes el auto, se te ha pasado la borrachera. Se desmontan y se aproximan a la víctima: no es una mujer: la morena delgada se pone las manos en la cabeza y exclama ¡Hace un rato que estuvo en el Jet Set y hasta conmigo bailó! Intentan introducirlo en el auto pero ya no vale la pena.

Estás anonadada, Susana ¡qué clase de amor has encontrado en este primero de enero!





Segundo Premio Pintura
Sueño de juventud
Sarah Perelló Cruz



Segundo Premio Pintura
Cambita 1
Marcela Pérez de Martí

Tercer Premio Cuento

Desvelo

Elsa Ramírez

Daba vueltas en la cama sin poder dormir. Desde hacía un tiempo despertaba de madrugada. Las situaciones vividas recientemente parecían interferir con mi sueño. Las dificultades han tendido siempre a vulnerar mi tranquilidad, al extremo de hacerme consciente, en todos sus detalles, de cada minuto que permanezco despierta.

Para matar el tiempo me levanto de la cama, voy a la ventana, miro los techos de los edificios cercanos. Escudriño por largo rato tratando de sorprender a alguien en curiosa acción. Observo sombras furtivas de algunos gatos callejeros corriendo en busca de aventuras. Me retiro con aburrimiento, tomo una libreta y garabateo tratando de escribir, como me aconseja el especialista.

Abandono el fallido intento de escribir, al tiempo que automáticamente extendiendo la mano y retiro, de la mesilla de noche, una de las revistas que compré la semana pasada, para seleccionar modelos de cocina y decoración de dormitorios. El proyecto de remodelar el apartamento me entusiasma. Paso las páginas sin detenerme. No quiero hacer mucho esfuerzo mental pues no quiero despabilarme del todo. Estoy esperanzada en reconciliar nuevamente el sueño. Necesito dormir un poco. Mañana me espera un día ajetreado. Desde mi divorcio, el tiempo me resulta insuficiente. A la rutina de las caminatas, el trabajo, el colegio de mi hija y los viajes al banco y al supermercado, he tenido que añadir la del psicoanalista.

Un amplio jardín llama mi atención. Me detengo en un ambiente encantador, muebles blancos en hierro, pajareras, árboles frondosos, flores y al fondo un arroyo.

Maquinalmente paso una de mis manos por la frente, cierro mis ojos en un movimiento involuntario. Sin poder evitarlo me sumerjo en la vida del campo de donde salí hace mucho tiempo.

Altamira, mi pueblo natal, con su pequeño arroyo, Suco, alimentaba los habitantes y los cultivos en aquel entonces. Era tan hermoso como el de la revista. Sus lilas amarillas, los múltiples y abundantes peces nadando indiferentes en sus aguas cristalinas. Sus grandes piedras, dispuestas en forma de hileras a manera de puente, permitiendo saltar de una en otra sin mojarse los pies hasta alcanzar la otra orilla. Los más diestros del lugar hacían verdaderos malabares para lograrlo en el menor tiempo posible.

Marcia, mi mejor amiga de infancia, solía bañarse, al igual que yo y nadar intentando atrapar peces. De vez en cuando lo cruzábamos a todo galope en los briosos caballos de nuestros padres que, esporádicamente y a escondidas, utilizábamos.

La vida allí y a nuestros trece años era un verdadero paraíso. En verano cuando terminábamos las responsabilidades asignadas: limpiar y arreglar la casa, bañar y vestir los hermanos y hermanas más pequeños, colocar flores frescas a los santos, nos abocábamos con todo el ímpetu a soñar el futuro y a gastar las energías contenidas en el cuerpo.

Marcia y yo éramos excelentes amazonas. Ni los varones lograban ganarnos en las competencias espontáneas que organizábamos. Esto despertaba resentimiento en algunos. No nos perdonaban que tuviéramos mayor destreza en una actividad que era exclusiva para hombres. Nos llamaban machorras, marimachos y cualquier mote que los ayudara a desahogar su frustración.

En una ocasión decidimos que ya no tenía gracia competir con los demás pues siempre les ganábamos. Había llegado el momento de hacerlo entre nosotras. Sentíamos la necesidad de definir quién era superior. No podía existir más que una.

Como si fuéramos a batirnos en un duelo y sin decir nada a nadie, acordamos un encuentro en la zona más apartada de ambas viviendas, donde pudiéramos correr sin que nada nos obstaculizara. Incluso sin testigos. Era una prueba sólo para nosotras.

La hora obligada era a las cuatro de la tarde, tiempo en que por lo regular, los caballos elegidos estaban disponibles. Para esa altura ya se había cumplido con los compromisos de rutina. Podíamos disponer de otros corceles, pero elegimos los de nuestros padres, por ser los mejores, los más veloces y hermosos. Se mostraban hostiles con los extraños, pero no así con sus dueños y nosotras. Parecían recordar que en la parte trasera de su lomo aprendimos el arte de montarles.

Cercana a la hora acordada ofrecí agua de beber a Relámpago, lo refresqué con algunas cubetas sobre su cuerpo sudado, le puse la silla que usaba papá para los domingos y las salidas especiales. Aproveché que la familia estaba bebiendo el café de la tarde, agarré la brida del caballo y junto a él me fui sigilosamente por detrás de la caballeriza, tratando de hacer el menor ruido posible.

A mamá le dije que estaría en casa de la tía Mercedes por un buen rato. Supuse que dispondría sólo del tiempo justo para no levantar sospechas. La casa de su hermana mayor quedaba un poco retirada. La tía no solía presentarse por estos lares a mediados de semana y mucho menos a estas horas. ¡Todo ese barullo para evitar que mis padres me sorprendieran cabalgando sobre Relámpago! Estaba prohibido montar ese animal después del accidente que tiró por el suelo a mi hermano menor rompiéndole la clavícula. No era para menos, con todos los viajes que tuvieron que dar al pueblo llevando al muchacho al hospital y aún así no había quedado del todo bien.

No tenía otra alternativa. Cualquier otro caballo me haría quedar en ridículo frente a Marcia. En mi fuero interno sabía que era la mejor y tenía que probárselo. Aunque hubiera querido

no podía retroceder, había que cumplir con la palabra empeñada. De no hacerlo me declararían incompetente. Aunque, en honor a la verdad, sentía un poco de temor. ¿Y si papá o don Pedro se enteraban? Descargarían toda su ira sobre nosotras por desobedecerlos. Que mamá lo supiera no tendría mayores consecuencias. De seguro guardaría el secreto y a lo más tomaría medidas para que no se repitiera la acción.

Tomé el trayecto más corto, llegaría antes que Marcia, pero no fue posible. La vi tan pronto salí de los espesos matorrales. Había partido antes del tiempo programado para evitar ser vista por algún familiar o amigo. Cuando me le acerqué, me pareció ver en su mirada las mismas intenciones de ganar y el mismo miedo que me acompañaban.

Marcia era seis meses mayor que yo. Delgada, con larga coleta. Su rostro un tanto enjuto y mejillas pecosas. Su sonrisa, siempre interrumpida por su timidez, desarmonizaba con sus grandes ojos negros y vivarachos. Era la única hija de una relación consensual de cuarenta años. Su madre había parido ocho varones y cuando quedó embarazada por novena vez ya no lo buscaba, ni lo deseaba. Como era pecado rechazar los hijos, pronto se contentó con acariciar el sueño de llevar en su vientre una mujer.

Mi contrincante y amiga lucía el pelo graciosamente recogido en dos trenzas. Sus ojos tenían un brillo especial, al parecer por la emoción del momento, lo que la hacía parecer más bonita de lo que en realidad era. Vestía blusa roja combinada con falda negra salpicada de flores rojas. Debajo un pantalón, ceñido discretamente al cuerpo, del mismo color de su blusa. Solía llevarlo cuando cabalgaba para impedir que el viento mostrara sus ya formadas piernas.

Previamente habíamos señalado la trayectoria a recorrer. Esta vez quisimos hacerlo diferente a como regularmente lo hacíamos con los muchachos. ¡Correr a campo travieso!, por las parcelas

de arroz, recién cortado. Los grandes surcos del terreno eran como obstáculos que le daban a la actividad un matiz atractivo y más que nada atrevido. Llegaríamos al arroyo, nuestra meta final, el cual cruzaríamos en zig zag bordeando las grandes piedras para provocar mojarnos y así despejarnos del sudor y polvo que de seguro adquiriríamos en la travesía. Buscábamos el mayor riesgo posible para darle más encanto a nuestro aventurero reto.

Salimos a todo galope a la cuenta de tres, una junta a la otra. Relámpago corría como si el demonio habitara en su cuerpo. Furia, el caballo de don Pedro, se mantuvo al compás de su compañero como si un imán lo empujara hacia el cuerpo contrario.

Seguíamos la ruta trazada. Cuando entramos a la parcela de arroz recién cortado, no contamos con la dificultad que ofrecían las espigas, que formando grandes montículos, esperaban ser almacenadas. El viento las atraía hacia nuestros cuerpos sudorosos, provocándonos un picor insoportable. Los caballos relinchaban enloquecidos, levantando sus cuellos en actitud amenazante. Rápidamente nos obligaron a desviarnos y tomar las terrazas que delineaban la parcela. Este cambio les permitió aumentar la velocidad. Las terrazas parecían que contenían rieles, a través de los cuales se desplazaban.

Adelantamos, sin disminuir la velocidad, hasta llegar a un angosto camino. ¡Gritábamos de alegría! La velocidad nos provocaba un gozo ¡morboso!, ¡delirante!, ¡espectacular! Mirábamos a nuestros lados con el rabillo del ojo esperando en cualquier momento dejar a la otra detrás. Ninguna quería ser la perdedora. ¡De repente!, al llegar a una curva donde el camino se ampliaba, Marcia y Furia tomaron la delantera. Me aventajaron considerablemente. ¡Mi triunfo estaba en peligro! Al divisar el arroyo metí con nerviosa desesperación una espina en el trasero de Relámpago, provocando un salto que me obligó a sujetarme de las crines, con todas las fuerzas de que era capaz para no caer. Con este impulso logré llegar al final del arroyo.

Inmediatamente me di vuelta y fue cuando vi, como un espejismo, a Furia desbocarse al tropezar con una de las grandes piedras dispuestas a la orilla del arroyo. Marcia volaba como pájaro por los aires. Su falda se abría como un paracaídas, mientras su cuerpo caía, cual muñeca de celuloide, estrellándose contra los peñascos. Quedó inmóvil. En ese instante, mi triunfo se convirtió en espanto y el miedo se apoderó de todos mis sentidos. Sentí mi corazón galopar más rápido que Relámpago y mis ojos arder como dos calderas en llamas. Rígidos, sin lágrimas y recién salidos de sus órbitas.

Con desmedido pavor emprendí el regreso a la casa con la imagen de Marcia tendida sobre las piedras del arroyo. Todo el trayecto veía cómo esa imagen se iba congelando y agigantando en mi memoria hasta convertirse en un enorme iceberg. El mismo con que se estrella y despedaza mi existencia en noches de insomnio como ésta.

Anohecí cuando llegué. Guardé el caballo. Entré a la casa por la cocina sin mirar a nadie. Temía traslucir mi pánico. Todo mi cuerpo temblaba. Mi madre preguntó por mi tía Mercedes, pero nunca supe qué le contesté. Me escabullí a mi habitación y sin desvestirme, me agaché en posición fetal en un rincón del suelo. Quieta, inmóvil y a la espera de que alguien me salvara de mí misma.

El minuto se hizo infinito y aquella eternidad se vio sólo interrumpida por mis enloquecidos estallidos de llanto que intentaba contener, apretando mi boca con mis manos y mis rodillas. ¡Rogaba al cielo para despertar de aquella pesadilla!

Alrededor de las nueve de la noche escuché la voz angustiada de don Pedro quien, preocupado, preguntaba si Marcia había estado conmigo esa tarde. Mi madre aseguraba que había visitado mi tía y me había retirado a dormir temprano. Corrí despavorida a la ventana a desmentirla y pedir ayuda para mi amiga Marcia aún tendida sobre las

piedras del arroyo, pero me contuve. El miedo que me producía mi padre paralizaba cualquier intento. ¡Sabía que era capaz de matarme!

Fue la noche más larga de mi vida. Mi padre se unió de inmediato a la pesquisa. Los hombres del lugar armados con las herramientas de trabajo salieron en su búsqueda. Marchaban como labriegos en una madrugada cualquiera a su jornada habitual, pero con rostros que denotaban tragedia. En media hora encontraron a Furia visiblemente inquieto, cabalgando en una y otra dirección. Entendieron que Marcia estaría cerca. Se organizaron para buscar en todas direcciones. Los liderados por don Pedro, corrieron al arroyo. Allí la vio don Pedro, iluminada por las antorchas que empuñaban y la triste luz de una media luna, acostada sobre las piedras con su cabeza rota.

La noticia se regó como pólvora. A su regreso, mi padre fue de inmediato a la caballeriza a confirmar su dolorosa sospecha. El caballo aún ensillado le ofreció la evidencia que buscaba y con esa prueba, se dirigió corriendo a mi habitación. Me levantó a empujones. Me sacudió y me desgarró la ropa. Me estrelló contra las paredes una y otra vez hasta hacerme vomitar. No sé que más pasó ni cómo terminaron esos castigos, que juzgué entonces injustos por no compensar lo que en ese momento consideré un crimen.

Nuevamente era de día y como sonámbula oía lejanamente a don Pedro reclamarme por qué no le avisé de inmediato sobre la tragedia. Mis padres formulaban disculpas. Intentaban calmar su desesperación diciéndole que todo fue un accidente. Que pude haber sido yo. Que fue cuestión de suerte. Esas reflexiones apaciguaron a don Pedro. Fue entonces cuando se mencionó la conveniencia de alejarme de las miradas y los comentarios maliciosos de los habitantes de Altamira por un tiempo.

Los días siguientes transcurrieron dolorosamente lentos. No pude ir al entierro, ni a los rezos. Fue imposible despedir a

Marcia. Fue imposible pedirle perdón por haberle ganado la carrera y por haberla abandonado en el arroyo.

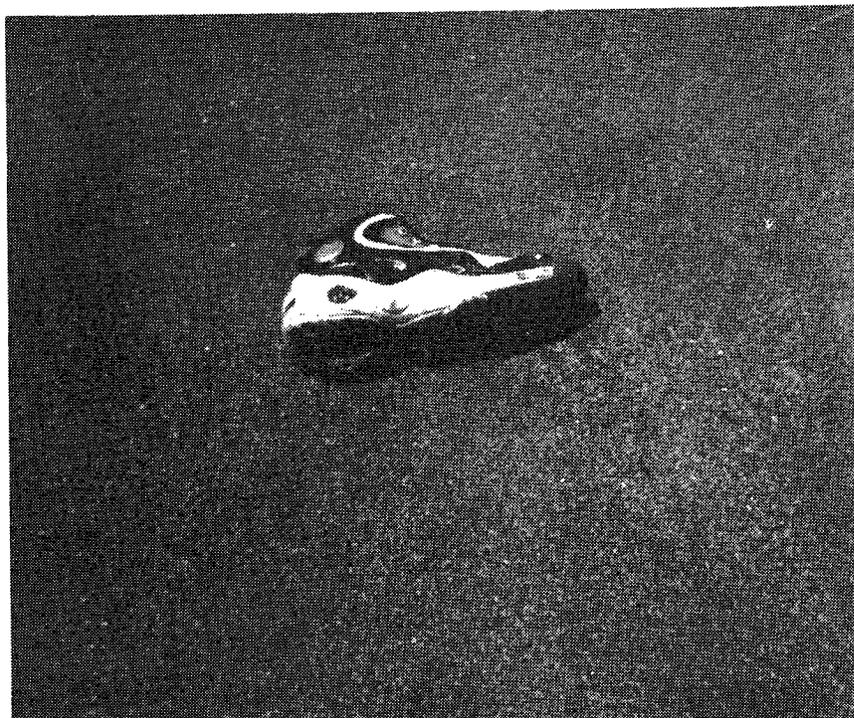
Me enviaron a casa de mi abuela en el Distrito. Estuve allí por espacio de seis meses. Durante ese tiempo la vida pareció volver a la normalidad para mí y para la comunidad de Altamira. La sabiduría de mi padre se consolidó. -“El tiempo lo cura todo”, decía. El párroco del lugar hizo parte del trabajo, a petición de mis padres. En efecto, a mi regreso nadie me culpaba ya. Muerta Marcia, yo era la única víctima. Y estoy de acuerdo. Continué viviendo en aquel recuerdo hecho hielo en mi memoria. Ese recuerdo que se derrite en imágenes de Marcia volando con grandes alas. Imágenes de Marcia hecha pájaro, revoloteando mis sueños y noches de insomnio.

Al percibir la claridad que entraba a la habitación, decidí que era prudente levantarme. Solté la revista. Vi el reloj y comprobé que eran las cinco de la mañana.

-Tendré tiempo de ir a caminar al Mirador, tomar una ducha y llegar temprano a la oficina.



Segundo Premio Fotografía
Reflejos
Rafael V. Ravelo Peña



Tercer Premio Fotografía
Vestigios de un sueño sobre la playa de Juanillo
Domingo de la Cruz

Tercer Premio Cuento
El extraño hombre oscuro
Luis José Bourget G.

Aún hoy se recuerdan los tiempos en que algunas de las familias de la noble ciudad intramuros ordenaban sus ajuares al acendrado criterio de las casas más exclusivas de París y Burdeos. Se recitaban sin comprenderlas las antiguas coplas misereres de un latín vetusto y olvidado, y se esperaba al correo con la misma resignación con la que se aguardaba a la muerte. A los hijos de criollos les habían matado en la misma memoria la suerte corrida por incontables generaciones bajo la señal inequívoca del desamparo y la hidalguía, mientras a sólo unos pocos desafortunados parecían invocarles el retiro de los portales de las iglesias y la sombra de los guayacanes en la plaza mayor.

Fue allí donde lo conocí, tirado en el estercolero de las palomas, un gigante atenazado por el sol de los farallones, cruzado por las correas desgastadas que le sujetaban los escasos harapos. Dormía con el sueño que sólo provee la ausencia de mezquindad y la indiferencia recíproca del mundo que transitaba a sus pies. Surgía de la nada cuando al amanecer abrían los primeros cafés que daban a la catedral, y tomaba de la borra en la taza abandonada de algún paisano. A esas horas los sonidos más intensos venían del casquilleo incesante de las mulas que entraban a la ciudad con su carga de escobas, perseguidas en su recorrido cotidiano por varias mujeres que dejaban escapar de las bocas el humo cerrano del tabaco verde. Encorvadas y silenciosas, parecían brujas medievales vestidas de negro y rodeadas por las escobas de guano seco, trazando una ruta invisible entre las interminables callejuelas que conducen al mercado.

Si alguna vez lo vieron requisar los basurales que se amontonaban frente al viejo palacio de gobierno, era seguramente porque le habían echado de todos los cafetines por el temor de que espantara a los turistas que llegaban puntualmente a contemplar el espectáculo de la fanfarria militar, anunciando los redobles de atención, la corneta de batalla y la marcha de monotonía hacia la plaza. Entonces alguien le diría en un esfuerzo de conmiseración:

-Ten cuidado por donde pisas, hijo.

Pero entonces existía el deber inexpugnable de surtir entre las paredes de piedra de la catedral, en esos huecos donde el oro y la madreperla habían desaparecido mucho tiempo atrás, con las provisiones de al menos varios días de hambre, y si el resuello de mil látigos atenazantes le asaltaban el estómago en cualquier punto del día o la noche, allí se le vería rescatando lo que no se habían llevado las hormigas y los ratones.

Sólo después de importunar con docenas de preguntas a los habituales del lugar, pude dar con la información increíble: el viejo gigante tuvo una vez un nombre y aunque no apellido, eso no le impidió formar una familia, tener un empleo digno y luego perderlo todo en manos de la desgracia.

Y es que el oficio de enterrador no era el más apetecido entre la gente de bien, y más cuando a alguno le traqueteaba el juicio y se enterraba a la gente donde no iba, que por amor de Dios y de quién era ese muerto, y luego del lío sin solución sólo quedaba el resguardo de la fosa común. Y fue en ese rebuscar de huesos para blanquear el azúcar que apareció un día bajo el falso nombre de Odorico, que evidentemente había robado a algún bandeirante perdido, y a fuerza de puro almendrazo se haría de un nombre real enterrando a la gente donde debía, aún en los peores tiempos de la guerra en que llegaban los cuerpos por carretillas, deformes e irreconocibles hasta para los más cercanos.

La fama de enterrador certero no equiparaba su brutalidad de animal de mato, los modales cerrinos insoportables hasta para

los fallecidos, las palabrotas que había que aguantar debido a su desalmada corpulencia, pero sobre todo su insaciable apetito por el dolor ajeno, fruto al decir de algunos, de una infancia y pubertad envilecidas por el oprobio de las matanzas en los bateyes de donde había surgido. Así ganó espacio la leyenda apenas creíble de que como peón de almogávares había ahogado gente por docenas, y que lo dejaron a su suerte al descubrirse que lo hacía de puro gusto y no por los números rojos del cuaderno de rentas. Tan pronto apareció boyando en el río algún cumplidor los capataces le echaron los perros, y aquí lo tienen desmembrando los asuntos sagrados y metiendo las narices por los resquicios de los nichos. Tan pronto como suponía que algún infeliz había quedado petiseco dentro de su caja, se encargaba de almacenar la osamenta para venderla en tiempos de zafra, cargando los pesados sacos sobre sus hombros hasta llegar al ingenio. Se lo vio embriagarse entre los laúdes de algún chinchorro, mientras le revoloteaban las mujerzuelas con las que armaba las orgías más escandalosas que se tengan en memoria por los lares de la Ciudad Nueva. Lo rescataron entonces entre la espumarreja de sus hábitos infamantes, y por no colgarlo lo casaron a la fuerza con una libertina a la que no quedaba más remedio que ocultar en su casa la honra extraviada en manos de un tratante solitario.

En una forma digna de elogio aceptó encargarse de los hijos que no eran suyos, pues tuvieron mellizos, y fue en la única época en que le vieron manso de reyertas y ardides. El cementerio florecía con su larga hilera de occisos intocables y la muerte se convertía por fin en un suceso feliz que atraía seguidores de todos los parajes cercanos a requisar al mastodonte que en un abrir y cerrar de ojos sacaba tres metros de tierra virgen para luego volverla a meter con igual celeridad. En medio de un ambiente que rememoraba la antigua fiesta patronal, resaltaba su imagen sincrética de barón de cementerio, o qué se yo, con una pala en el hombro, el gabán aterciopelado de algún pobre difunto y toda una

corte de ayudantes y llorones a sueldo que le seguían por los recovecos del camposanto en lo que mandaba el estilo de la época y los recursos de los dolientes. A veces era la pompa fúnebre de algún principal, con el aguaje y la parafernalia que otorgaban los altos escalones del poder, y había que permanecer insomne mientras se dilataban los panegíricos interminables y las loas de renunciación, pero con sólo decir que hasta la tierra que cubriría el divino cofre era perfumada de nobles esencias que tupían la nariz, provocaban unos estornudos inmisericordes que hacían restañar de pavor a las ilustres cortesanas y sus siniestros acólitos..... y otras veces era el exiguo cornetín del mortuorio rápido e inclemente, que demandaba tanto la escasez de menudencia como la falta del embalsamamiento reglamentario, resumido tanto embrollo en la simple disposición de aquellos restos fétidos en una caja horadada por las termitas y su rápida y definitiva reclusión en el imperio de las lombrices.

En esa lejana época también le daba por matar el tiempo atormentando a los vecinos con una interminable declamación en lengua rancia y gutural, tan sistémica y sostenida que se daba por cierto que conversaba con los muertos a encontronazos de verdadera pasión histriónica, y a veces caían los golpes de sus macizas manoplas sobre los desvencijados baluartes de mármol y yeso, destrozando cuadrículas enteras ante un público tan absorto como incrédulo, que hubo de acudir a la policía municipal para cambiarle el verbo florido por el estruendo de los pistoletazos en el aire, la marcha cerrada y cuidadosa ante el temor a lo desconocido, el descubrimiento insólito de un verdadero caserío agreste oculto dentro de la merced, al que sólo se pudo penetrar con la contrata de un grupo de bravíos macheteros que tras abrirse paso derribando apenas un surco entre el pasto inmenso del cañaveral subrepticio, dieron con aquel negro monumental al que ningún animal osaría nunca acercarse, chapoteando de dolor y rabia en el charco de sus propias lágrimas. Pero el sufrimiento

de su apañada audiencia no resultaría en vano, pues me permitió determinar de una vez y por todas su procedencia de alguna de las lejanas islas menores, a partir del descubrimiento de una traza de sus coplas copiadas al vuelo y sin apego a ninguna regla por un músico vespertino. Y se interpretaba algo parecido a:

Our lives are rivers, gliding free (*nuestras vidas son ríos, surcando libres*)
To that unfathomed, boundless sea, (*hacia ese insondable, mar sin límites*)
The silent grave! (*¡La tumba silente!*)
Thither all earthly pomp and boast (*Diezma toda la pompa y ostentación mundana*)
Roll, to be swallowed up and lost (*Rodar, para ser tragadas y perdidas*)
There all are equal; side by side (*Allí son todos iguales, lado a lado*)
The poor man and the son of pride (*El hombre pobre y el hijo del orgullo*)
Lie calm and still (*Reposan calmos y quietos*)

Nada menos que el mismo *Longfellow* en todo su esplendor, y si la inspiración mística no parecía suficiente, la complementaba el hallazgo en el chinchorro de un rudimentario alambique, del cual se surtían los incipientes venduteros de la Ciudad Nueva con un licor de cachaza que volvía loco de atar a cuanto borrachín desafortunado se le ocurriera probar, así como una no menos despreciable fortuna guardada en morocotas bajo la pesada losa de granito arrancada del patrimonio de un muerto insigne, todo lo cual constaría en el voluminoso expediente instrumentado por el alguacil de marras, sirviéndose del testimonio de no menos de cincuenta compueblanos hartos hasta el tuétano del sinfin de tropelías; un fajo de papeles hirsutos que me costaría rescatar mucho después, luego de interminables horadaciones en los archivos inundados por las lluvias de mayo, que cada año dejaban su creciente marca indeleble en las paredes del jurisdiccional.

Y luego amarrado y encadenado hasta los dientes, separado para siempre de la que pudo llamar tal vez familia y de su oficio impenitente, pasó a cumplir un olvido impuesto en los humedales de las carcelerías muy lejos de los tugurios habituales, en donde

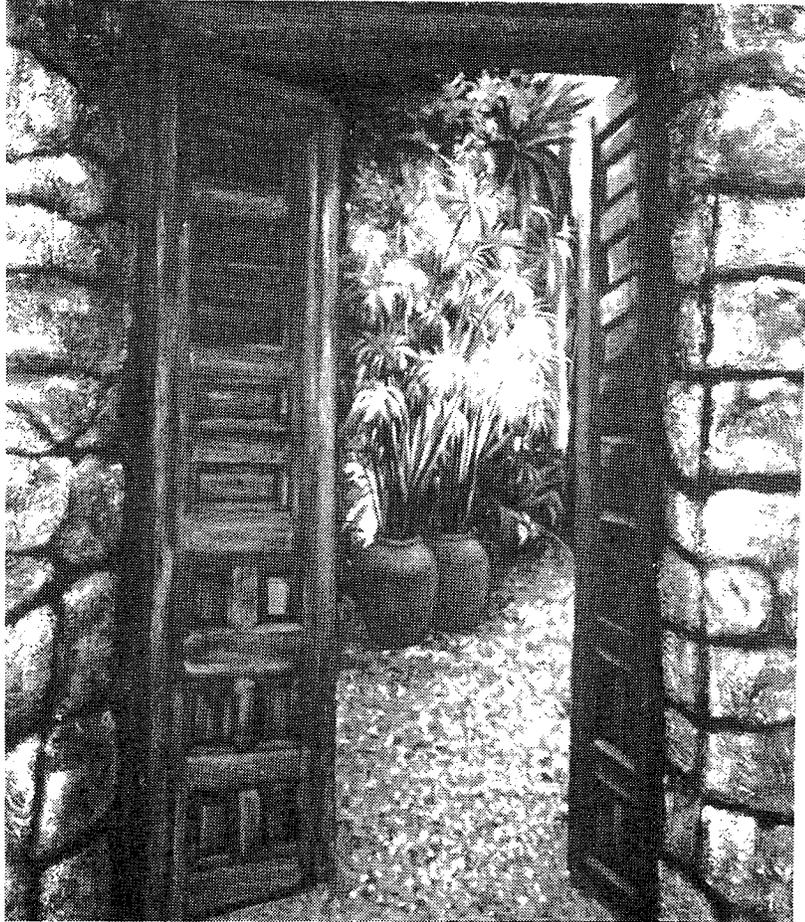
sólo deja un rastro intermitente y casi imperceptible, pues bien es sabido que las vainas de la cárcel se quedan en la cárcel. Pero aún así haciendo acopio de un formidable ejercicio de paciencia, las breves noticias son escupidas aquí y allá, recogidas y anotadas en ningún lado pero sostenidas quien sabe por qué pie de amigo para escucharlas en alguna esquina, cosas de tragos, cuando no quedaba de qué hablar caían siempre en mentar al bendito negro, de que si ya sabe usted que vive de partir brazos y piernas en las batidas de los viernes, que se enroló de monaguillo para enseñar latín al capellán y así reducir la pena, y cuantas falsedades más que no vale la pena anotar en este cuadernillo de la verdad, así las que fueron esgrimidas por los albaceas en las audiencias incriminatorias, pues nadie se atrevió a dar la cara para acusarlo cuando se regó que mataba con la mirada, cosa que hicieron anotar hasta en los opúsculos de la misa dominical con tal de sazonar un poco la mermada asistencia.

Pero como la inmortalidad se afianza tanto de lo bueno como de lo malo, de rigor había que esperar con paciencia la segura condena, y lejos de mandarlo a envilecer aún más a los locos del manicomio, se discutía incluso la lejana posibilidad de establecer su origen y aprovechar no se qué existencia de conciliábulos internacionales que permitían su devolución. Así estuvieron a punto de enviarlo a Santa Lucía cuando apareció de la nada esta anciana decrepita que reclama ser su partera, su señoría, y que certifica que fue parido con todas las de la ley en suelo nacional señor, que fue educado por las misioneras de la caridad y por eso sabe de lenguas señor, pero que lo que pasa es que se hace el bruto señor, y no es más que un malandrín que dejó estupradas a no se sabe cuántas negras en el ingenio Concepción señor, y no siga más comisario que ya lo mandaré a espantar moscas. Y no bien le habían serruchado quince años cuando descubrieron a la vieja partera regenteando un tugurio a tres esquinas de aquí señor, y que de partera no tiene más que yo de culebra, señor, así que

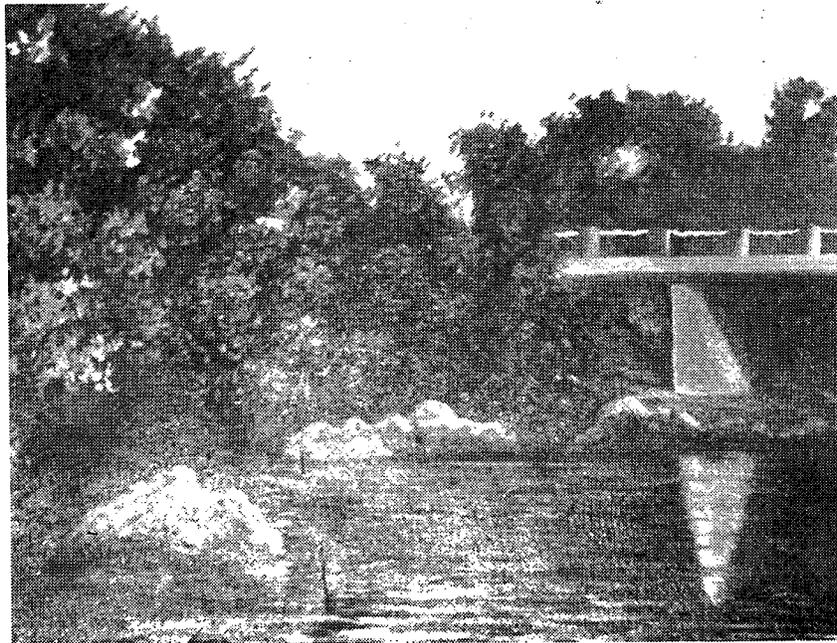
esto va para largo comisario, pero como nadie puede ser liberado dos veces por la misma causa que se chupe su tiempo que ya estoy hasta aquí de tanta vaina, y así mismo consta en los roles de audiencia que leí hoja por hoja, chamuscando las liendres que le salían por todos lados al papel, en busca de una verdad que ya no interesaba a nadie, que ya no había dado vuelta a la esquina el desgraciado cuando lo habían olvidado. Arrasaron con lo que quedaba de su paso por el cementerio y no se sabe quién cargó con las morocotas, y luego volvieron a enterrar muertos equivocados después de las homilias como de costumbre.

Yo era el principio tallado en punta, decía el poeta Güiraldes, y de tanto meterme en las pasiones ajenas acabé llorando por mí mismo en donde el desamparo de la noche me agarrara. Cenceño, desenjuiciado y errante perviví durante años de unos lauros cenicientos de maestro de quinto grado. Sobre ese estado de deseo es mejor ser más preciso: en una palabra, me había convertido en un punto distante que logra, al cabo de mucho esfuerzo, divisar otro punto a lo lejos, y así, por una ley soberana y universal ambos puntos acaban atrayéndose hasta cierta distancia, revoloteándose mutuamente sin apenas el menor asomo de un roce furtivo. Así después entendí todo lo que iba a suceder, reuniendo pedazos fragmentados con el fin de aliviar un modo de carencia puro y simple. Por lo tanto, cuando algo comienza a ser por sí mismo, adquiere una presencia segura, palpable, y aunque otros la ignoren y desdeñen en pos de la pluralidad innumerable de un mundo aislado, ya aquello ha alcanzado la continencia de un universo, y allí estaba, al cabo de tantos estratos cuajados de espera, la noticia definitiva de su liberación, que pude recortar de los diarios desvencijados que forraban la tienda de discos 45 de un aragonés, a sólo dos cuadras escasas de donde él dormitaba, a las puertas de la vieja catedral de piedra, rendido al sueño que le producía la misa de las seis. Era tanta su corpulencia acumulada a través de tantos años idénticos, que aún tenía la capacidad de

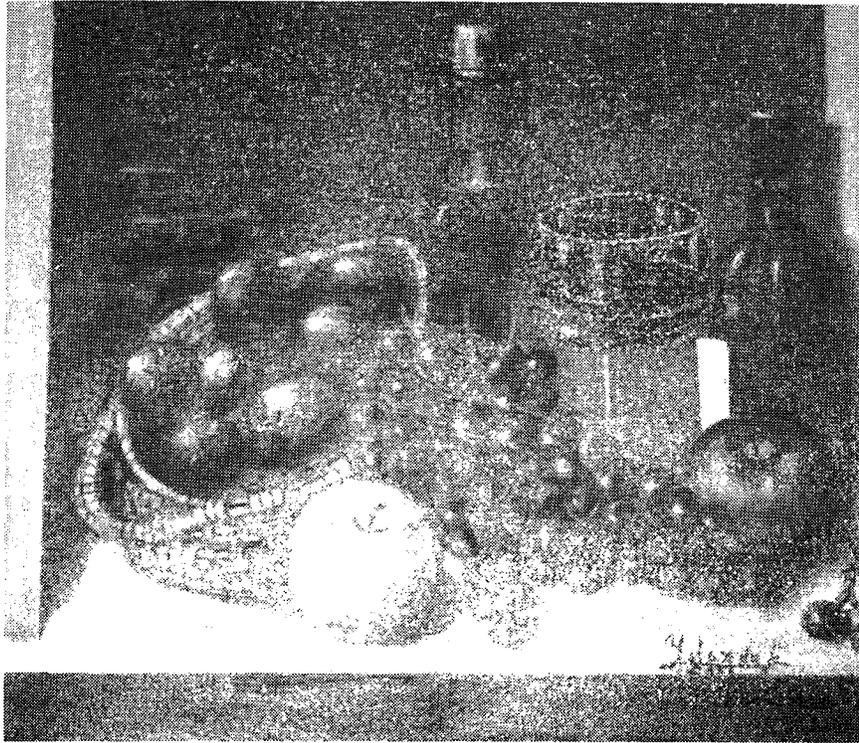
distraer la mirada espantada de los transeúntes y atizar el horror imberbe de las propectas enlutadas. Provisto de una condición notoriamente ni buena ni mala, una mitad fornida arrastraba piadosamente otra mitad fatigada y moribunda. Lejana quedaba la víspera de su embarcamiento, decidida luego de largas horas de discusión en la sala capitular en la que se aprobaría a unanimidad la repatriación hacia un punto intermedio entre Trinidad y Antigua, sin tener que ser necesariamente San Vicente y mucho menos Barbuda, en fin, a cualquier sitio menos aquí y ahora, sin tomar en cuenta la fragilidad intrínseca de aquel velero argelino, que luego de zarpar sin rumbo fijo dando tumbos por este mar de Dios no pudo contener la ira del ídolo encadenado, que de un arranque destripó los mástiles que le servían de cepo para dejarlos hasta la eternidad condenados a la deriva. Tuve que considerar como ciertos e irrefutables los testimonios de aquellos que alcanzaron a verlo desde la costa bravía, y que lo definieron como un gran punto negro que se arrojó diligente hacia las aguas terrosas del delta del Ozama, nadando sin descanso ni dilación dando la espalda a un futuro promisorio en otras tierras en donde sería exaltado como rey, trepando constreñidamente por los riscos que agujereaban la marea crecida y perdiéndose para siempre entre las callejuelas de la Ciudad Nueva.



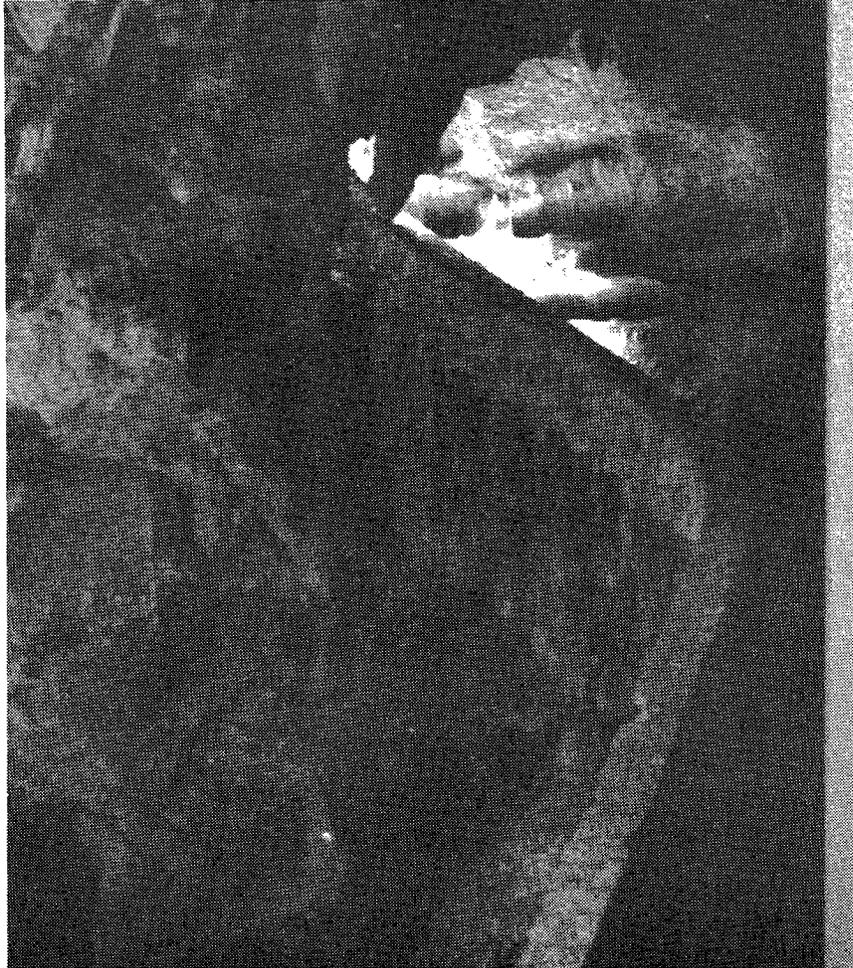
Tercer Premio Pintura
Pórtico a la Paz
Dinorah Báez de Pérez



Mención de Honor Pintura
Puente de Azua
María Mercedes Cubilete Rodríguez



Mención de Honor Pintura
Frutas y Vinos
Yolanda Esteban de López



Mención de Honor Pintura
¿Naturaleza?
Cynthia Alexandra Valenzuela Acosta

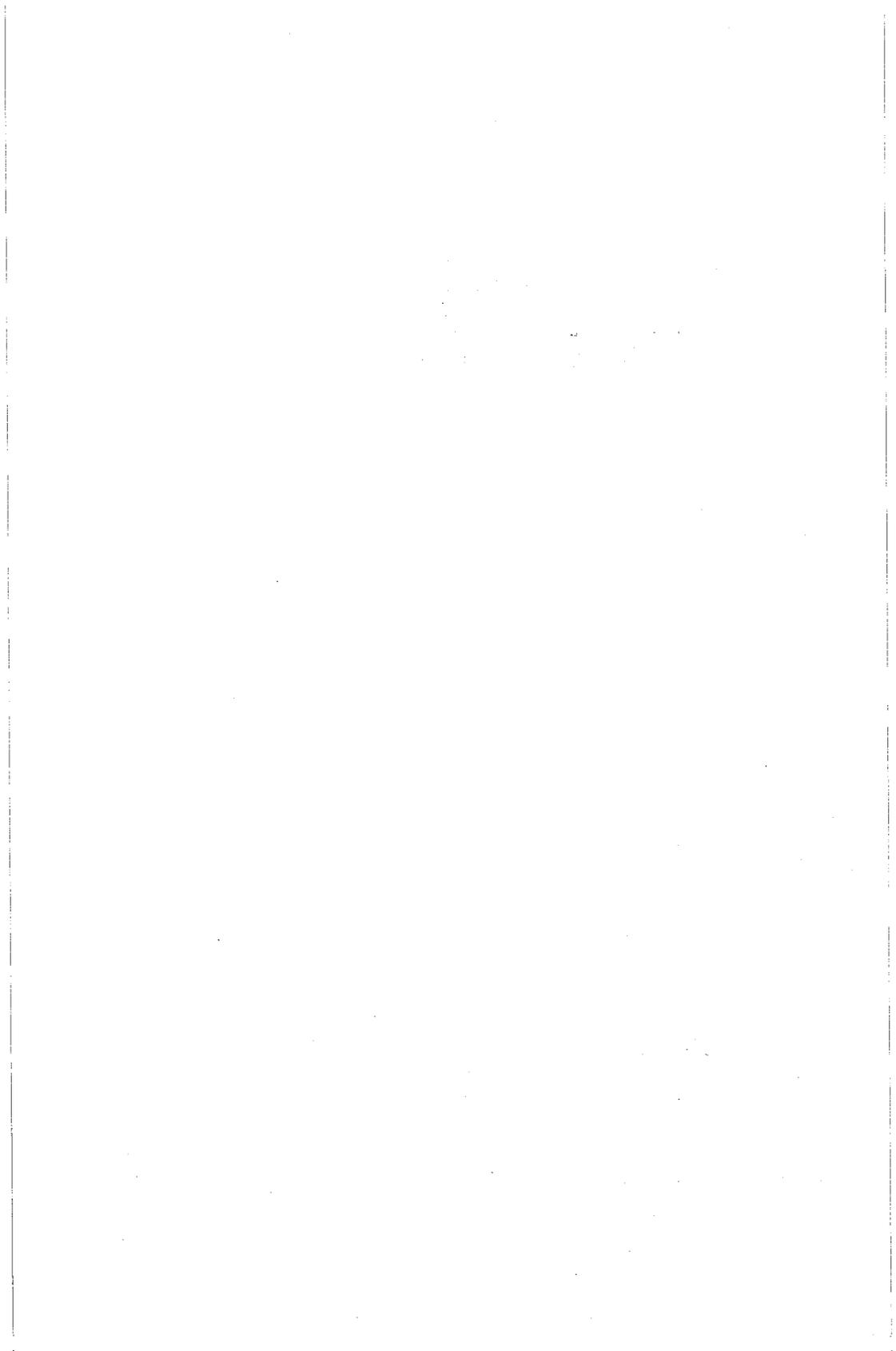


Mención de Honor Pintura
Debajo del marco
José Polanco Santana



Mención de Honor Fotografía
Crepúsculo antillano
Juan E. Estevez Hurtado

**VEREDICTO
DEL CONCURSO DE ARTE Y LITERATURA
BANCENTRAL 2000**



ARTE
CATEGORÍA PINTURA

Primer Premio

Obra: Sobrevivencia
Seudónimo: Emil
Autor: Geraldo Amable Pimentel Ramírez

Segundo Premio

Obra: Sueño de juventud
Seudónimo: Melao
Autor: Sarah Perelló Cruz

Segundo Premio

Obra: Cambita I
Seudónimo: Maella
Autor: Marcela Pérez de Martí

Tercer Premio

Obra: Pórtico a la paz
Seudónimo: Mariposa
Autor: Dinorah Báez de Pérez

Menciones de Honor

Obra: Fuente de Azua
Seudónimo: Abeja
Autor: María Mercedes Cubilete Rodríguez

Obra: Frutas y vinos
Seudónimo: Crisálida
Autor: Yolanda Esteban de López

CATEGORÍA FOTOGRAFÍA

Primer Premio

Obra: Banco Central y la globalización
Seudónimo: Mahoma
Autor: Pedro Antonio Fernández Pérez

Primer Premio

Obra: Fe y esperanza
Seudónimo: Desconocido
Autor: Rafael V. Ravelo Peña

Segundo Premio

Obra: Reflejos
Seudónimo: Desconocido
Autor: Rafael V. Ravelo Peña

Tercer Premio

Obra: Vestigios de un sueño sobre la playa de
Juanillo
Seudónimo: Génesis
Autor: Domingo de la Cruz

Menciones de Honor

Obra: ¿Naturaleza?
Seudónimo: Yo
Autor: Cynthia Alexandra Valenzuela Acosta

Obra: Debajo del marco
Seudónimo: Rowan
Autor: José Polanco Santana

Obra: Crepúsculo antillano
Seudónimo: Ulises
Autor: Juan E. Estévez Hurtado

LITERATURA CATEGORIA CUENTO

Primer Premio

Obra: Venganza
Seudónimo: Rayito vengador
Autor: Henry Almonte Diloné

Segundo Premio

Obra: Amores de fin de año
Seudónimo: Mister
Autor: Luis R. Santos Lora

Tercer Premio

Obra: Desvelo
Seudónimo: Yin-Yang
Autor: Elsa Ramírez

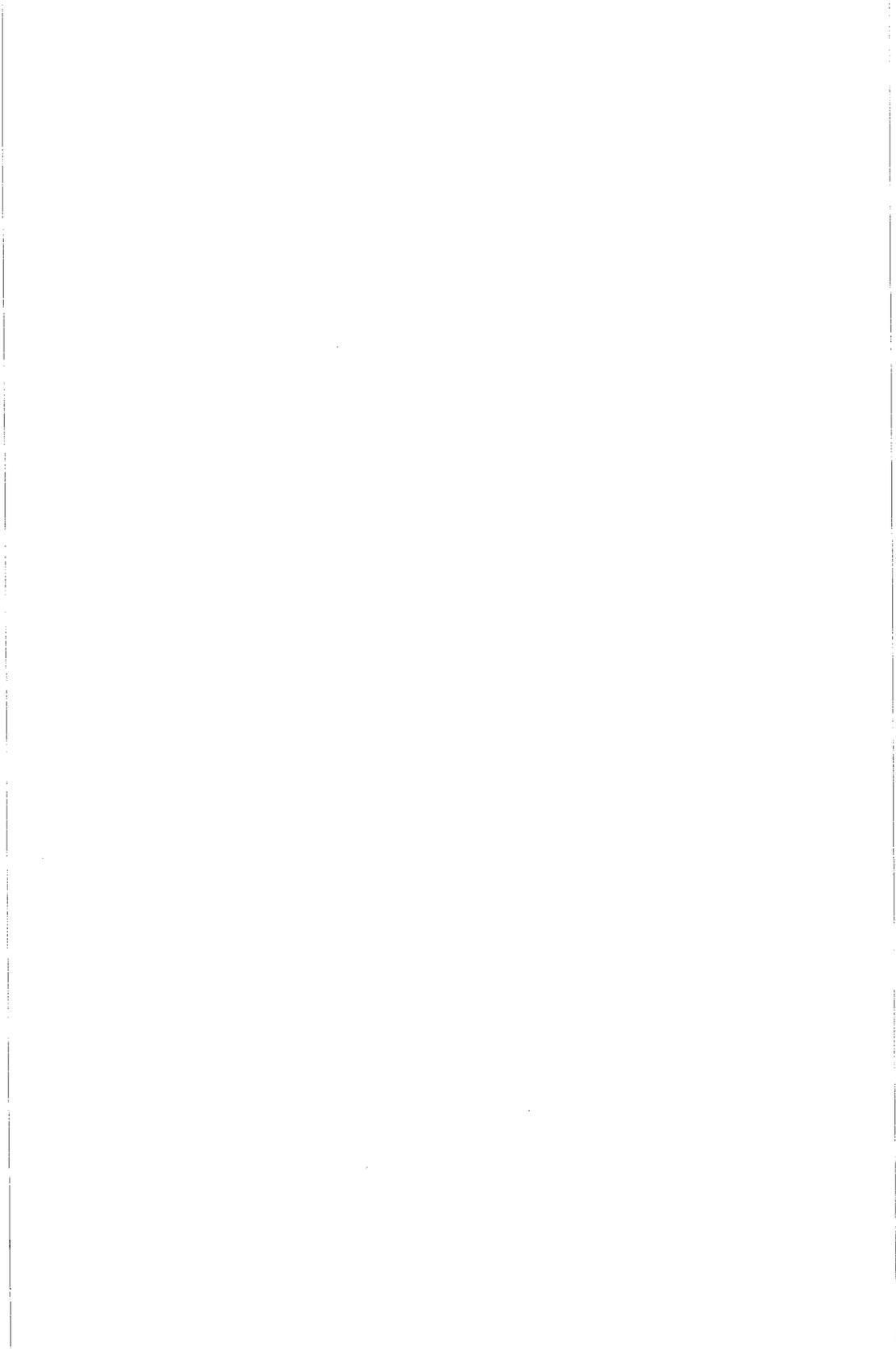
Tercer Premio

Obra: El extraño hombre oscuro

Seudónimo: Tapón del Crank

Autor: Luis José Bourget G.

APÉNDICE



Notas biográficas de los autores*

Henry Almonte Diloné nació en Santiago de los Caballeros en 1958. Es Ingeniero Civil, Economista y Comunicador Social. Cultivador ferviente del soneto y del cuento, ha publicado “De lo humano a lo divino”, libro de sonetos, y cuentos dispersos en diferentes periódicos y revistas de circulación nacional. Ingresó al Banco Central en 1989 como Subdirector de Ingeniería y Planificación de INFRATUR; actualmente se desempeña como Encargado de Promoción y Asuntos Internacionales del Departamento de Desarrollo y Financiamiento de Proyectos (DEFINPRO).

Dinorah Báez de Pérez nació en Santo Domingo el 31 de diciembre de 1942. Desde temprana edad se sintió atraída por las artes, la cultura y lo que contribuye a crear belleza; sin embargo, no fue hasta su retiro de su ejercicio profesional en el Banco Central, cuando tuvo la oportunidad de incursionar en la plástica. Participó, en el año 1997, en sendos cursos de pinturas al óleo, impartidos por la profesora Miriam Miniño, auspiciados por el Fondo de Jubilaciones y Pensiones, para su personal en retiro. Además ha realizado cursos con los profesores Miguel Valenzuela, Alberto Bass, y, en la actualidad, con Kathya Samillán de Ramírez.

Es egresada de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), con el título de Ciencias Comerciales, habiéndose especializado en las áreas de Organización y Métodos, Presupuesto por Programas, Recursos Humanos y Jubilaciones y Pensiones.

Laboró en el Banco Central por 30 años, desempeñándose en diversos cargos técnicos y ejecutivos, siendo el último,

* Estas notas biográficas fueron confeccionadas por los propios autores.

Directora de Prestaciones y Beneficios, y luego como Asesor Externo. En la actualidad, además de la plástica se dedica a actividades benéficas en instituciones sin fines de lucro.

Luis José Bourget García nació en Santo Domingo en 1966. Es Técnico en Administración de Empresas y estudiante de economía en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo. Labora en el Departamento de Presupuesto del Banco Central de la República Dominicana y es Vicepresidente de la Fundación de Ayuda Comunitaria, Inc. Aficionado a la lectura, la escritura y la Internet. Octuvo el Tercer Premio en el Concurso de Ensayos de la Revista Amigo del Hogar (1984). Ha obtenido varias menciones de honor en el Concurso de Cuentos de Casa de Teatro (1994, 1995 y 1996) y recibió una certificación de finalista en el Concurso de Cuentos Juan Rulfo, en Francia (1994).

Domingo De la Cruz nació en Santo Domingo en 1968. Bachiller en Ciencias Físicas y Matemáticas, se graduó de Mecánico en Refrigeración Industrial y de Soldador en el Instituto de Formación Técnico Profesional. Desde 1992 trabaja en el Instituto Dominicano de Tecnología Industrial, como Auxiliar de Mantenimiento. Escribió sus primeros versos cuando cursaba estudios en la Escuela "La Trinitaria". En 1998 publicó en diarios de circulación nacional y realizó presentaciones artísticas en televisión, clubes y pueblos del interior.

Pedro Antonio Fernández Pérez nació en Santo Domingo el 26 de noviembre de 1963. Realizó sus estudios primarios en la Escuela María Trinidad Sánchez, y sus estudios secundarios los completó en el Liceo Manuel Rodríguez Objío. En el 1987 ingresó al Banco Central de la República Dominicana donde laboró en el Departamento Policía Especial de Bancos del Estado (P.E.B.E.) para luego pasar al Departamento de Contabilidad. Se inició como fotógrafo en el año 1994, realizando varios cursos de perfeccionamiento de esta área en la que se destacan fotoshop 5.5, realización de bodas, iluminación, escenografía, prensa,

fotografía artística y pictórica. Actualmente se desempeña como Técnico-Fotógrafo de la División Audiovisual del Departamento de Comunicaciones del Banco Central.

Sarah Perelló Cruz realizó estudios de primaria, secundaria y bachillerato en el Colegio Apostolado. Graduada de Secretaria Bilingüe en Puerto Rico en el año 1960. En el 1968 ingresó al Banco Central de la República Dominicana, donde laboró hasta 1992, siendo su último cargo el de Coordinador en el Museo Numismático. En 1978 obtuvo el título de Derecho en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. Además, ha realizado Cursos de Turismo, Derecho Internacional, Música, Embajadas y Consulados, entre otros. En las artes plásticas ha tomado los módulos de pintura I, II y III con la profesora Miriam Miniño, y un año con la profesora Katia Samillán.

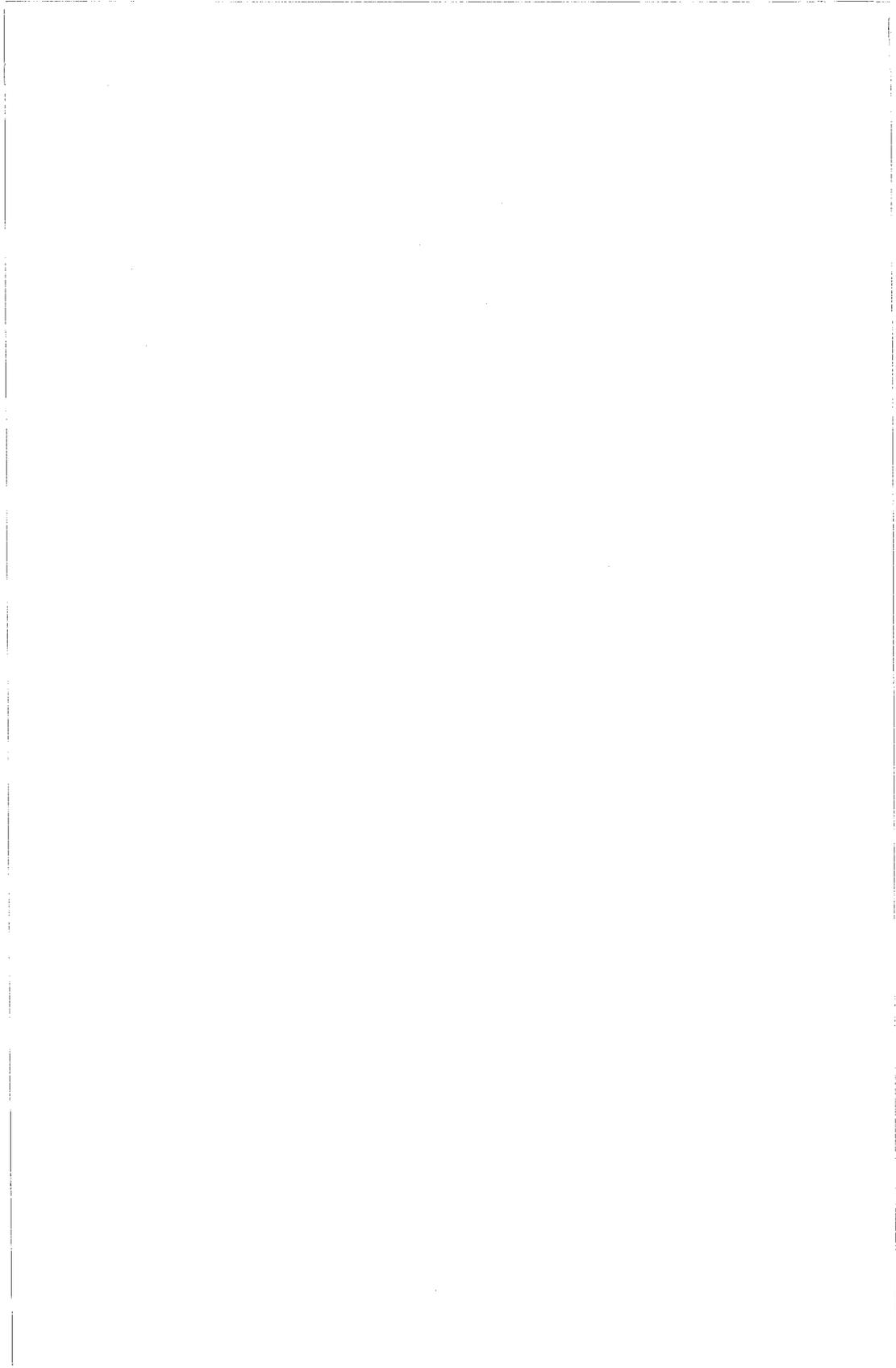
Marcela Pérez de Martí nació en Santo Domingo en 1936. Realizó sus estudios en el Colegio Luis Muñoz Rivera, obteniendo el título comercial High School. Comenzó a laborar en el Banco Central de la República Dominicana en 1966, desempeñando labores secretariales durante diez años. Su inclinación por las artes comenzó al ser pensionada en 1993, ya que pudo disponer de tiempo para participar en los cursos de pintura al óleo, dirigidos por la profesora Miriam Miniño, auspiciados por el Plan Cultural del Departamento de Jubilaciones y Pensiones del Banco Central, así como en la Academia de Pintura de Guillo Pérez.

Geraldo Amable Pimentel Ramírez nació en El Cercado, San Juan de la Maguana, en 1966. Cursó sus primeros estudios en su región de origen. En 1984 se trasladó a Santo Domingo e ingresó a la Universidad APEC, donde obtuvo el título de Ingeniero en Sistemas de Información, en 1989. En 1992 ingresó al Banco Central de la República Dominicana, en el área de informática del Departamento Administrativo de Recursos Especializados, hoy DEFINPRO, donde actualmente labora. En 1966 ingresó a la Escuela de Arte Germán Ricardo, donde comenzó sus primeros pasos en la pintura.

Elsa M. Ramírez González nació en Santiago de los Caballeros. Socióloga, egresada de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Ha realizado diplomado en Formulación y Evaluación de Proyectos, en la Unidad de Post Grado en la misma Universidad. Su experiencia laboral ha sido en el área de evaluación de proyectos económicos en el Departamento de Desarrollo y Financiamiento de Proyectos (antiguo FIDE), del Banco Central, desde el año 1979 hasta la fecha. El ingenio, la creatividad y la inventiva que ha tenido que desarrollar en la crianza de sus hijos la ha hecho descubrir el interés por la escritura. En principio ha escrito algunos cuentos infantiles inéditos, con el único propósito de entretener o dormir a sus inquietos niños, Gabriel y Cristina. Su interés más que nada es reconstruir parte de su pasado generacional a fin de volver al presente e intentar ofrecer una somera imagen a la generación futura.

Rafael Virgilio Ravelo Peña, nació en La Romana, R. D., el 23 de octubre de 1960. Realizó los estudios intermedios y secundarios en Santo Domingo, al igual que la carrera universitaria, alcanzando el título de Licenciado en Contabilidad (1986). Ingresó al Banco Central en agosto de 1985; actualmente labora como Asistente Técnico en el DEFINPRO. Motivado por las fotografías de los hermosos paisajes dominicanos, realizadas por artistas de la talla del conocido fotógrafo Domingo Batista, empezó su primer curso, titulado "Iniciación a la Fotografía" (1991), a través del Museo de Historia y Geografía. Instado por el extinto profesor Dr. Antonio Ortega y, en ese mismo año, Rafael Ravelo se incorporó a La Casa Fotográfica de Wifredo García, en donde amplió sus conocimientos fotográficos mediante la participación en cursillos y talleres, además, en giras fotográficas y concursos internos. Ha participado en otras colectivas, siendo la primera del Fotoclub, en diciembre de 1995. Es miembro fundador del Fotoclub Wifredo García.

Luis R. Santos Nació en Santiago de los Caballeros. Estudió agronomía en el Instituto Superior de Agricultura de Santiago y en la Universidad Nordestana en San Francisco de Macorís. Ha sido articulista de los diarios El Nacional, El Siglo y Hoy. Es miembro de la Comisión Permanente de la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo. Sus cuentos han sido premiados en los concursos organizados por Casa de Teatro y Alianza Cibaëña. Cuentos suyos han sido incluidos en varias antologías, entre las que se destacan "Líneas aéreas", "Narrativa latinoamericana contemporánea", editada por Lengua de Trapo, Madrid, 1999; y "Última flor del naufragio", editada en 1995 por Pedro Antonio Valdez. Ha publicado: "Noche de mala luna", cuentos, 1993, "En el umbral del infierno", novela 1996; y "Tienes que matar el perro", cuentos, 1998. En el 2001 aparecerá su nueva novela "Memorias de un hombre solo".



Esta primera edición de 1000 (un mil) ejemplares de *Obras Premiadas. Sexto Concurso de Arte y Literatura Bancentral 2000*, se terminó de imprimir en la Subdirección de Impresos y Publicaciones del Departamento Administrativo del Banco Central de la República Dominicana, en el mes de julio de 2001.





